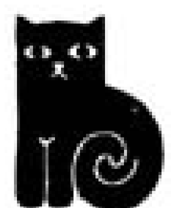
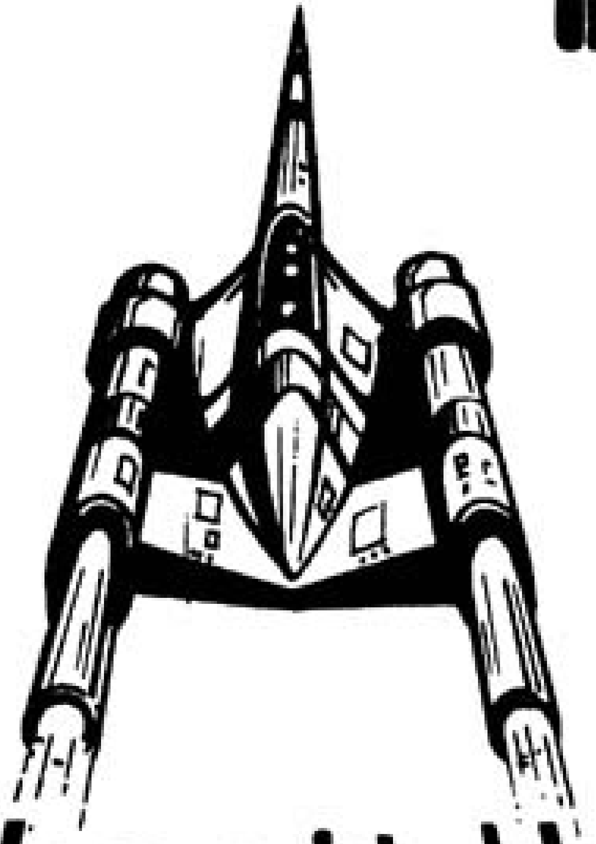


INFILTRADOS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

630 — *Los módulos mortíferos*, Ralph Barby
631 — *Una mujer llamada «Eterna»,* Curtis Garland
632 — *Cautivos de la reina Thala*, Joseph Berna
633 — *La rebelión de los topos*, Adam Surray
634 — *El dios de los volcanes*, Joseph Berna

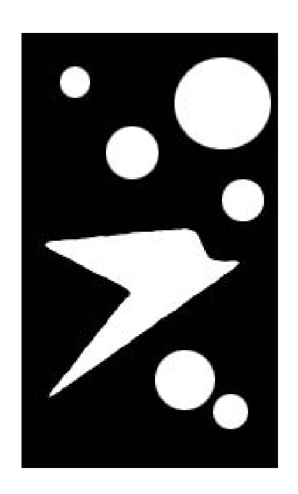
RALPH BARBY

INFILTRADOS

Colección
LA CONQUISTA DEL

ESPACIO n.º 635

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MFXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 30.021-1982

Impreso en España – Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1982
2.ª edición en América: abril, 1983

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUBRA, S A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (Espada)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la

Impreso en los Talleres Gráficos **de Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

—Bitácora de vuelo... — La voz salía de la garganta de Pau Guaita, que se hallaba en su camarote. Nos hallamos orbitando el planeta Humus-14. Distancia, tres mil doscientos kilómetros. Orbita regular,

inspección continuada. Los datos físicos del planeta Humus-14 se hallan codificados en la memoria de la computadora central. El espesor de la atmósfera es superior al que habíamos supuesto. La composición es la idónea, tal como ya se conocía por información previa. Este planeta tiene muchas posibilidades de que entre medio millón de años y un millón, por evolución geológica normal, llegue a tener vida propia, vida microscópica. Ignoro cuántos años habrían de pasar para que en este desconocido planeta aparezca algo semejante a un ser humano terrícola en estado primitivo, análogo al *pitecantropus erectus*.

Pau Guaita seguía hablando por el micrófono, hallándose él tendido en su litera. Era como si no tuviera ganas de moverse, como si una fatiga profunda le invadiera.

Pensó una vez más en sus cuatro compañeros de tripulación. El no era el comandante de la cosmonave que tan lejos se hallaba de la última de las colonias que la Confederación Terrícola tenía en el espacio. Pau Guaita habla embarcado en la cosmonave como segundo de a bordo, pero...

La extraña enfermedad se había propagado entre los tripulantes de la cosmonave sin poderse evitar que los cuatro fueran muriendo, uno a uno.

Sólo Pau Guaita había escapado a la mortífera enfermedad, vírica al parecer, y ni siquiera él sabia por qué se había salvado. Los análisis se habían realizado automáticamente en el pequeño laboratorio de la cosmonave, pero Pau Guaita no era médico ni biólogo, era un cosmonauta que sólo entendía de ingeniería espacial y de supervivencia física.

Había consultado con la computadora para averiguar algo y pocos habían sido los resultados obtenidos. La computadora de a bordo no tenía datos comparativos y Pau Guaita se había quedado sin saber cuál había sido la enfermedad asesina que sólo le había respetado a él

—Sigo esperando respuesta al SOS lanzado al espacio con la esperanza de que sea captado por los receptores de alguna de nuestras colonias. La soledad pesa demasiado. Por única compañía tengo a Mister un androide parlante de la serie Boix CLX. No es de los mejores androides que he conocido, pero me hace compañía. De cuando en cuando jugamos al ajedrez y siempre gana, me sirve como

práctica, pero Mister carece de calor humano y el tono de su bocina parlante comienza a irritarme. Dentro dieciséis horas pondré en marcha el plan Júpiter-Geo-Sophia, tal como está previsto en las instrucciones emanada del centro de órdenes espaciales de la Confederación Terrícola. Esperare resultados durante mil horas; las telesondas captarán todos les datos posibles y si no he recibido respuesta alguna a mí llamada de SOS espacial, abandonaré la órbita del planeta Humus-14 e iniciaré el regreso a la Tierra. Ha hablado Pau Guaita, comandante en funciones y único sobreviviente de la cosmonave Serp-82, periodo mil dos, hora siete, minuto veinte. Final de reporte.

Cerró el micrófono. Su mensaje de bitácora de vuelo había quedado grabado y encerrado dentro de la caja amarilla que llevaban todas las cosmonaves de la Confederación. Aquella memoria era independiente de la memoria de la computadora central, de tal modo que si la cosmonave se destruía por alguna razón, la caja amarilla quedaría flotando en el espacio hasta que alguna cosmonave de la Confederación la recogiera y por su contenido podría conocerse lo ocurrido a la cosmonave supuestamente desaparecida.

Cerró la luz ambiental y encendió la pantalla que tenia frente a él, era una pantalla multiuso.

Con el controlador remoto buscó un programa de ocio, deseaba tener la impresión de no estar solo, la soledad le pesaba excesivamente.

Dibujó una tenue sonrisa, En pantalla aparecía un *show* musical, varias parejas danzaban sobre una pista giratoria. El video era perfecto, el color magnífico, las tres dimensiones tan reales que parecía que con sólo alargar la mano se podría tocar a los seres que allí se movían.

Una chica de gran sensualidad comenzó un sugestivo *strip-tease* que no por repetido dejaba de ser un espectáculo atrayente.

La mujer tenía una larguísima cabellera dorada, labios color sangre y grandes ojos de intenso azul. Se movía adecuadamente, lo mismo en primerísimos planos localizados en su cuerpo que de cuerpo entero, ella debía conocer muy bien el movimiento de la cámara cuando le hicieron la grabación.

—Si me acostara contigo, seguro que se me pasarla la sensación de soledad —rezongó Pau en voz alta.

—Te amo, te amo, te amo... repetía ella mientras parecía ofrecérsele con los ojos encendidos, la boca entreabierta, los labios húmedos y los voluptuosos senos crecidos hacia delante, como queriendo saltar de la pantalla hacia las manos del hombre.

Los psicólogos aseguraban que aquel tipo de grabaciones eróticas ayudaban a mantener en forma a los cosmonautas, aunque no faltaban los que opinaban que tales grabaciones excitantes provocaban la agresividad y que no eran raras las disputas y peleas entre los tripulantes de las cosmonaves después de ver repetidamente grabaciones de aquel tipo.

Aquella condenada mujer era violentamente excitante...

Pau Guaita estiró sus manos como para atraparla, pues la ilusión óptica de la pantalla en tres dimensiones parecía decirle que ella estaba a su alcance.

Su cuerpo había comenzado a removerse, a sentir. Atrapó el aire entre sus manos y dándose cuenta de que jugaba como un niño, de que sólo era una grabación, se echó a reír.

Se levantó y fue al cuarto de aseo.

Cuando regresó, había otra chica en la pantalla, tan excitante como la anterior, pero Pau Guaita bostezó, se sentía relajado. Apagó la pantalla y se puso a dormir.

Cuando despertó, miró el reloj que controlaba su tiempo, un tiempo que nada tenía que ver con el día y la noche porque no había día ni noche para él.

—Período mil dos, hora catorce, treinta y dos minutos.

En vez de hacer gimnasia en el pequeño gimnasio que poseía la cosmonave, desde que había quedado solo en el espacio, Pau Guaita se dedicaba a recorrer la cosmonave, desde la bodega a las dependencias del nivel cuatro, que era la máxima altura.

La sala de motores estaba perfecta, fría y silenciosa. La bodega de combustible se hallaba bien, ninguna tripa de metal o plástico parecía habérsele roto.

Cuando llegó a la sala de conservación, tuvo un deseo instintivo de alejarse, pero se venció a sí mismo y penetró en la estancia.

Allí había cinco cápsulas de criogenización, cuatro de ellas ocupadas por los cadáveres. Las cápsulas de criogenización lo mismo servían para crionizarse que para conservar cadáveres que habrían de

entregarse al regreso al planeta Tierra o a alguna cosmonave que se dirigiera hacia ella con prioridad.

Se acercó a las cápsulas de material transparente y pudo ver los cadáveres de sus compañeros de tripulación, cadáveres blancoazulados.

Los cuatro mostraban en sus rostros un rictus de dolor muy desagradable, pese a que dos de ellos habían tomado fuertes sedantes en sus últimas horas de agonía para ahuyentar de sí el dolor.

Recordó que uno de sus compañeros, cuando ya habían muerto dos, había sugerido que lo mejor sería tomar los datos y arrojar los cadáveres al espacio. Aquél era el mejor honor que podía brindarse a un cosmonauta: enviar sus despojos humanos a un viaje infinito, o quizá no, sólo hasta encontrar un planeta o una estrella.

Se dijo que lo mejor hubiera sido enviarlos al espacio y ahora no tendría que verlos allí. No era temeroso y tampoco supersticioso ni fetichista, pero era consciente de que la soledad en el espacio podía volver loco a un ente terrícola, y el androide era poca compañía.

Prosiguió su inspección que liaría casi trotando para mantenerse en forma. Llegó a la sala de control y allí vio al androide frente a los controles, cumpliendo la misión que le había sido asignada.

—Todo en orden. Fiabilidad diez mil, seguiremos orbitando el planeta Humus-14. Falta...

Pau Guaita ya no le escuchaba, pero tampoco habla por qué decírselo.

En ocasiones había llegado a imaginar que los androides, en especial Mister, tenían sentimientos humanos, pero se había dicho a sí mismo que eso no era más que una ilusión.

Observó su planeta, todo continuaba igual. Era un planeta que parecía gaseoso. Su espesor de gases era tal que no se veía por visión normal. Su esfera líquido-sólida (que no se podía llamar bioesfera) sólo era troposfera y debía ser observada a través de rayos ultravioleta, infrarrojos o ultrasonido.

No podía decirse que Pau Guaita tuviera mucha experiencia espacial, era un hombre joven aunque concienzudamente entrenado en la escuela espacial. Sin embargo, sabía que una misión como la que debía llevar a cabo no era de gran brillantez.

Tenía que poner en marcha el plan Júpiter-Geo-Sophia. En realidad,

tras la muerte de sus compañeros, podía haber desistido de llevar adelante aquel programa destinado al planeta Humus-14, un planeta que, dadas sus condiciones fisicoquímicas, tenía una esperanza de vida futura.

El regreso a la Tierra no habría sido dificultoso, ya que la cosmonave poseía perfeccionadísimos sistemas automáticos, controlados por un computador central de gran fiabilidad, pero se hubiera sentido como fracasado regresando al planeta Tierra con los muertos y sin haber realizado el programa preestablecido.

«Total —se había dicho—, no tengo ni que abandonar la cosmonave y si hay averías, prescindiré de lo que haga falta.»

—Bitácora de vuelo, faltan cuatro minutos para poner en marcha el programa Júpiter-Geo Sophia destinado al planeta Humus-14. Todo está perfecto. El androide Mister me advierte que la fiabilidad es uno cien mil. Ha hablado Pau Guaita, comandante en funciones de la cosmonave Serp-82. Período mil tres, hora cuatro, minuto dieciséis.

— Atención, comandante; atención, comandante —demandó el androide.

Pau Guana comenzó a exigir datos del computador central. Era la primera vez que se veía solo como comandante de un programa, aunque contaba con la ayuda del androide.

Los paneles de pilotos luminosos se encendían, parpadeaban, cambiaban de color. Pau Guaita sabía interpretar toda aquella policromía luminosa.

En la gran pantalla podía ver la esfera gaseosa del planeta llumus-14, ya sólo quedaban segundos en la cuenta atrás.

En el panel, una señal roja precedió a otra verde, justo cuando se levantó una tapa en la que apareció un pequeño teclado de números. Aquellas teclas habían permanecido protegidas hasta el momento cumbre. Era demasiado importante la potencia termo-radio-destructora que podía desencadenar se pulsando aquellas teclas.

La cosmonave Serp-82 iba cargada de misiles de alta potencia como si fuera una supercosmonave de combate; no obstante, no era una cosmonave de guerra. Su bodega de carga había sido transformada en una plataforma móvil espacial de lanzamiento de poderosos misiles.

—...Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero... ¡Fuego!

Comenzó a pulsar las teclas, aquel lanzamiento Sólo podía

efectuarse de forma manual.

Para lanzar los poderosos misiles no se confiaba más que en la seguridad y preparación de un comándame de cosmonave; aquella labor tan peligrosa no se dejaba a los automatismos controlados por un computador central.

Los objetivos habían sido fijados previamente y estaban marcados. Los misiles sabrían buscarlos sin ningún tipo de problema. La superficie de la esfera del planeta había sido dividida geométricamente para que cada misil fuera a impactar en la zona establecida de antemano.

—Uno, dos, tres...

Por los tubos de lanzamiento abiertos en la panza de la cosmonave salían disparados los misiles que, con su cola ígnea, penetraban en la esfera gaseosa.

Se podían ver los focos luminosos que se producían con el estallido de las superbombas termo-radio-nucleares.

El planeta no tardó en llenarse de luz, una luz que se difuminó por la gaseoesfera haciéndola aparecer completamente luminosa.

La tecla nueve se hundió, mas no hubo respuesta de disparo. Pau Guaita siguió hundiendo la tecla sin resultado alguno.

—Mister, ¿qué pasa?

—Detectada hipotermia.

— ¿Dónde?

—Circuito oleoneumático, fiabilidad cero.

— ¿Que hay que hacer?

—No es computable. Los androides no damos soluciones, sólo respuestas previamente programadas.

—Vaya, así yo tengo que saber de todo y decidirlo todo...

Miró la pantalla. El planeta Humus-14 estaba tan iluminado por las numerosas explosiones nucleares que casi parecía una estrella, pero su luminosidad duraría muy poco. El planeta se convulsionaría según los científicos, reaccionaría con aquel programa.

En el silo de la bodega habían quedado tres misiles de cabezas múltiples que correspondían al lanzamiento nueve. El fallo de los conductores oleoneumáticos por hipotermia había impedido que aquellos misiles fueran lanzados contra el planeta Humus-14.

Mientras orbitaba el planeta, Pau Guaita se encogió de hombros

¿Qué más daba que una docena de cabezas nucleares dejaran ya de caer en aquel planeta que ya había sido tocado por noventa y seis de gran potencia?

La luminosidad se fue apagando, pero los sensores seguían captando gran actividad a causa de las múltiples explosiones nucleares.

El planeta se convulsionaba, sacudido todo él como por un macroseísmo. Océanos totalmente congelados se licuaron, grandes masas de agua se vaporizaron y el agua pasó a formar parte de la gaseoesfera. Incluso la luz que se filtraba era escasísima

Se provocaron también huracanes que barrieron grandes llanuras, mesetas, colinas. Grandes cordilleras se veían sacudidas y las cúspides de los picachos se desmoronaban, provocando aludes que hubieran sobrecogido a quien pudiera contemplarlos.

La temperatura aumentó en toda la superficie del planeta de una forma más que considerable y mientras se producían todas aquellas violentas convulsiones eólicas, comenzó lo que se había deseado: en medio de la atmósfera recalentada y con gran cantidad de vapor de agua que mezclaba los otros gases, empezaron las tormentas eléctricas.

Todo el planeta se llenó de rayos y truenos. Era como si el planeta Humus-14 se llenara de música y luz en una sinfonía tan fantástica como aterradora.

Gracias a los visores de infrarrojos, ultravioleta y otros sensores de los que disponía la cosmonave Serp-82. Pau Guaita observó el cambio operado en el planeta, una metamorfosis brutalmente provocada por la inteligencia de un ser que procedía de un lejanísimo planeta llamado Tierra.

«Si antes no había vida ahí abajo — se dijo Pau—, ahora ya es imposible que la haya.»

Mas, Pau Guaita se equivocaba respecto a aquel planeta que parecía totalmente nuevo y capaz de evolucionar hacia un planeta vivo, para lo cual tenía posibilidades gracias a sus índices de luminosidad, termia, composición de la atmósfera y troposfera. Pau Guaita se equivocaba, y con él toda la ciencia de los terrícolas, pues del océano Big que se habla descongelado y cuyas aguas se habían calentado, produciéndose terribles tempestades, comenzaron a emerger una especie de cápsulas o esporas que flotaron sacudidas por un oleaje montañoso.

Los rayos que caían a millares, por cientos de millares y sobre toda

la superficie del planeta, fuera sólida o líquida, como si lo hubieran sometido a un continuo *shock* eléctrico, fueron dando de lleno en aquellas cápsulas o esporas que al recibir el impacto de los rayos sr inflamaban y abrían, y de su interior brotaban como unas formas biológicas que recordaban en algo a androides biológicos que se carbonizaban a causa del impacto de los rayos y luego se hundían en las aguas para desaparecer en medio de unos extraños rugidos que se disolvían en la sinfonía de truenos inacabables que ningún oído humano podría soportar.

Pau Guaica ignoraba todo aquello que ocurría at otro lado de la espesa capa gaseosa del planeta.

Se sentía tranquilo, la primera parte del programa Júpiter-Geo-Sophia estaba cumplida. Ahora había que esperar a una cierta calma para la captación de datos a través de los telesensores y después iniciaría el regreso al planeta Tierra. Seria un largo regreso, plagado de dificultades, pero en aquel instante Mister, el androide, dijo con su bocina de tonos antipáticos:

—Hay una telecomunicación que quiere entrar en la banda veinticuatro ochenta y dos.

— ¿Una telecomunicación? —Pau dio un respingo.

—Afirmativo. Tenemos las perturbaciones del planeta en actividad que la distorsiona, pero existe una telecomunicación que quiere entrar.

—Déjame, déjame a mí —exigió, excitado.

Hacía ya tanto tiempo, ni recordaba cuánto, que no había hablado con un ente humano. Por compañía sólo tenía a un androide y a cuatro cadáveres.

CAPITULO II

Las tormentas electromagnéticas pusieron muchas dificultades a la telecomunicación Como la computadora central grababa en su memoria todo lo que se receptaba, exigió de ella una interpretación.

—Cosmonave OW doscientos dos pasará a un millón de kilómetros del planeta Humus-14. Transporta a tres científicos destinados a la cosmonave Serp-82, utilizarán una lanzadera. Ruegan confirmación.

«Tendríamos que abandonar la órbita», se dijo.

Pau Guaita grabó el mensaje que se tenía que repetir:

—Aquí cosmonave Serp-82, mensaje recibido. Espero llegada de tres científicos. Estoy orbitando el planeta Humus-14 y he puesto en marcha el programa Júpiter-Geo-Sophia.

Mister se encargó de controlar que el mensaje se repitiera mientras la banda de recepción continuaba abierta.

Pau Guaita informó de la gran actividad radio-electromagnética que perturbaba las telecomunicaciones.

—Mensaje recibido.

La emisión llegó ahora clara, quizá habían afinado más con sus amisores y aumentado la potencia.

—La lanzadera llevará a los científicos —prosiguieron—. Nos mantendremos a la escucha, esperando confirmación de llegada de la lanzadera a la cosmonave Serp-82.

Los mensajes se cruzaban, pero con dificultades.

Pau Guaita orientó los suprarradares en la dirección por la que

debía llegar la lanzadera. Había obtenido las coordenadas de situación de la otra cosmonave gracias a los receptores de telecomunicación y al cálculo efectuado por el ordenador.

Al fin, descubrió un punto móvil en la pantalla del suprarradar, un punto que se acercaba a gran velocidad.

—Atención, atención, aquí lanzadera llamando a Serp-82...

La voz entró limpia por el receptor y era una voz de mujer, lo que estimuló aún más al cosmonauta solitario.

—Aquí Serp-82 respondiendo a lanzadera. Compuerta de hangar abierta esperando llegada, todo en orden.

Cambiaron algunas frases más mientras el planeta Humus-14 seguía inmerso en un caos apocalíptico.

La temperatura era alta en la troposfera y en la esfera gaseosa mientras no cesaban de producirse cientos de miles de rayos y truenos.

En algunas partes del planeta, el agua caía en cortinas de arriba abajo y en otras, sucedía al contrario, de abajo arriba.

A causa de la fuerte temperatura, el agua se evaporaba, pero cuando llegaba a determinada altura, y debido a la gran densidad de vapor, se condensaba y llovía violentamente en medio de grandes huracanes.

Cuando pudo ver la lanzadera ya con las telecámaras, respiró hondo.

La lanzadera iba recta hacia la Serp-82, y al llegar a ella se introdujo en el hangar. Pau Guaita cerró las compuertas y presurizó el hangar.

—Atención, atención, aquí el comandante en funciones de la cosmonave. Ya pueden salir de la lanzadera, sean bienvenidos.

Abandonó la sala de control y utilizó la cabina de descenso hasta el hangar para poder recibir a sus visitantes.

Pau Guaita quedó totalmente sorprendido al ver a tres mujeres que parecían jóvenes y eran hermosas y atractivas. La diferencia entre ellas estaba más en el color de los cabellos que en otras peculiaridades morfológicas.

Ellas, a su vez, se fijaron mucho en el cosmonauta, que también era joven.

— ¿Vosotras sois las científicos?

—Yo soy Salomé, doctora jefe del proyecto de investigación.

—Yo soy Gala.

—Y yo, Miren.

—Pues mi nombre es Pau Guaita, comandante en funciones.

— ¿Cuánta tripulación hay? preguntó Salomé. Era la jefe del equipo científico formado por las tres jóvenes mujeres.

—Pues hay un androide que se llama Mister.

— ¿Y aparte del androide? —insistió Gala.

—No hay nadie más; los demás tripulantes han muerto.

— ¿Muerto? —repitieron, extrañadas.

—Sí, están en las cápsulas de criogenización.

— ¿Qué sucedió?

—Muerte por virus desconocido, sólo me salvé yo. Estoy solo en la cosmonave y tengo deseos de regresar a la Tierra, es decir, tenia.

— ¿Ahora no?

—No, ahora ya no importa tanto.

—No se nos había comunicado nada respecto a lo ocurrido a esta cosmonave.

Ante la observación de la doctora Salomé, Pau Guaita respondió;

—Envié un mensaje de SOS espacial comunicando lo sucedido, creí que ya lo sabían.

—No, nosotras estamos aquí para la fase final del programa Júpiter-Geo-Sophia.

—Los sensores están listos. El planeta Humus-14 ya ha recibido el bombardeo de misiles y está en actividad. Me he sentido muy solo, vuestra llegada es un gran alivio para mí. El viaje de retorno va a ser largo, muy largo.

—No hay prisa. Si estamos aquí es para completar el programa.

Miren preguntó:

— ¿Hay peligro de contaminación?

—Que yo sepa, no; sólo estoy yo.

— ¿Desde cuántos periodos? —quiso saber la doctora Salomé.

—Cuarenta y siete.

—Son suficientes períodos; no obstante, veremos esos cadáveres.

—Sería mejor mantenerlos encerrados en las cápsulas de criogenización —recomendó Pau —. Ignoramos si los virus asesinos pueden revivir y atacarnos.

—Haremos sólo una observación. En lo que no podremos ayudarte es en el manejo de la cosmonave, somos científicos, bioquímica,

fisicoquímica y geofísica; a lo sumo podemos pilotar una lanzadera.

—Será suficiente. De la cosmonave ya me encargo yo, con la ayuda del androide Mister y el ordenador central.

—La cosmonave en que hemos llegado nos ha traído desde el planeta Neptuno, donde hemos terminado unos estudios.

—Ignoraba que la tercera y última fase del programa Júpiter-Geo-Sophia tuviera que ser realizada por científicos. Creía que todo se llevaría a cabo por los sensores automáticos y que los resultados serían luego estudiados por los científicos en el planeta Tierra.

Gala observó:

—Ese hubiera sido un procedimiento muy básico. El programa Júpiter-Geo-Sophia se lleva a cabo para saber si es posible avanzar la lógica evolución del planeta Humus-14.

—Aunque estemos aquí unas docenas de períodos, sólo conseguiremos descubrir aminoácidos.

—Quién sabe si hallaremos protozoos u otras formas más elevadas de vida.

—Yo no creo que se puedan obtener resultados tan pronto, pese a las explosiones nucleares y a la tormenta eléctrica en medio del vapor de agua recalentado —opinó el hombre.

—No obstante, debemos intentarlo.

—Enviaré un mensaje a la cosmonave que os ha traído para que si ellos logran contactar con alguna colonia, den aviso de las muertes ocurridas a bordo de esta cosmonave —dijo.

Las jóvenes aceptaron y le siguieron hasta la sala de control y mando. Allí les presento al androide para que éste grabara sus nombres y aspecto físico en su memoria y pasara a considerarlas como jefes suyos.

—Mirad a la pantalla —pidió Pau Guaita. Pulsó el teclado y apareció en ella un corredor con los camarotes— Ahí os podéis instalar. Escoged vosotras mismas y repartios los camarotes.

Ellas asintieron, todo parecía estar en orden.

Salomé, la jefe del grupo de investigación que había de llevar a cabo la tercera fase del programa Júpiter-Geo-Sophia, observó:

—Comenzaremos a trabajar inmediatamente en este proyecto. Después abandonaremos el planeta a su suerte, pero le habremos dado un impulso de evolución que acortará el proceso en varios millones de

años.

Miren añadió:

—Con suerte, dentro de cien mil años se habrá enfriado lo suficiente para que aparezca la primera vegetación terrestre, si es que antes no llega a disfrutar de otro programa de superrevolución biológica y se lleva a cabo una siembra aérea de multitud de vegetales que en una tierra virgen seguí amen- te conseguirán un desarrollo óptimo.

—O sea, que en pocos períodos tendremos un planeta lleno de vegetación —comentó Pau Guaita.

—Es lo que pretendemos —asintió la doctora Salomé —. Precisamos planetas vírgenes con abundancia de vegetacion que podrían ser utilizados como reservas biológicas. En planetas de evolución acelerada y con biocontrol, podemos fundar colonias perfectas.

—Donde nos reproduciríamos sin problemas y nuestra Confederación será cada día más grande y poderosa dentro de la Galaxia opinó Miren —. De esta forma, jamás podremos temer por la desaparición de nuestra especie y menos por causa de la destrucción del planeta Tierra. Los terrícola seguiremos subsistiendo en el universo aunque nuestra madre la Tierra desaparezca.

Pau opinó:

—Eso me suena a colectividad de insectos.

—No hay que mirarlo desde ese punto de vista —le corrigió Gala.

— ¿Ah, no, y desde qué punto ha de verse?

La doctora Salomé explicó:

—Hemos de tener diversos planetas donde podernos instalar, vivir y reproducirnos sin problemas.

—No seréis vosotras partidarias de la procreación artificial en granjas, ¿verdad? preguntó, y las tres se le quedare mirando muy fijamente.

—A lo mejor nuestro joven cosmonauta es de los que quieren una sola pareja como célula indivisible que va en buse de nuevos mundos.

—Parece haber sorna en tus palabras comentó Pau frunciendo el ceño.

—Es mejor distribuir las labores y los procesos de toda clase en grupos determinados.

—Como las hormigas, que los soldados son morfològici mente diferentes a las obreras y las obreras son distintas a la reina.

—Será mejor que no discutamos, tenemos ideas opuesta respecto a cómo debe de seguir evolucionando nuestra sociedad civilizada. Nunca seremos hormigas, pero tampoco seremos jamás animalitos anárquicos.

—Pues a mí no me gusta tu forma de pensar dijo Pau Guaita con claridad.

Salomé, que posiblemente fuera algo mayor de edad que el cosmonauta, le puntualizó:

—Estas ideas fueron aprobadas en las últimas asambleas socio políticas a las que asistieron los más significado intelectuales.

— ¿Significados? Serán los más seleccionados para aprobar un plan que nos va a deshumanizar para convertirnos en insectos espaciales; pero, como tú has dicho, mejor no discutamos. Vamos a pasar un tiempo juntos y no es bueno que desde el principio disputemos.

—Tienes razón, por lo menos coincidimos en algo. Ahora, si nos puedes mostrar al resto de la tripulación...

— ¿Al resto de la tripulación?

—Me refiero a los cadáveres.

—Ah, sí, claro.

Las condujo a la sala de conservación. Allí, dentro de las cápsulas transparentes, yacían los cadáveres desnudos de los que fueran compañeros de Pau Guaita.

Las tres bellas científicas los observaron con atención y Pau les preguntó:

— ¿Qué opináis?

—Sin hacer autopsias y sacar muestras de vísceras y sangre coagulada, no se puede opinar nada. A simple vista, carecen de heridas, ni siquiera presentan manchas significativas, propias de alguna enfermedad.

— ¿Y a ti no te pasó absolutamente nada? —pregunto Gala, que ni era tan alta como la doctora Salomé ni baja como Miren. Tenía pupilas de color verde claro y el cabello oscuro.

Parecía la más femenina y dulce, la menos agresiva, pero toda su piel transpiraba una sensualidad más que excitante, era tranquilizadora y agradable.

—A mí no me sucedió nada.

—Compararemos las fichas médicas de ellos con la tuya, quizá se pueda encontrar alguna diferencia en la sangre, en las células o en los tejidos de las vísceras. Todas las fichas están en el ordenador, ¿verdad?

—Si te refieres a las fichas médicas, sí.

—Ya nos encargaremos nosotras de todo este asunto. ¿Las claves del computador central son las generales?

—Si, sólo son secretas las de lanzamisiles nucleares.

—Esas ya no interesan; además, ya has lanzado los misiles al planeta Humus-14.

Pau Guaita estuvo a punto de rectificar, pero no lo hizo. Se calló que el grupo de tres misiles que correspondían al disparo noveno, con una suma total de doce cabezas radiotermonucleares de gran potencia, se había quedado en la bodega. Después de todo, no se podía pretender que él solo, con la ayuda de un androide, lo controlara todo a la perfección, sin fallos.

—Cualquier problema que surja, sólo tenéis que consultármelo. Ahora, si me disculpáis, voy a enviar el mensaje a la cosmonave que os ha conducido hasta aquí y, repito, sed bienvenidas a bordo. Me sentía muy solo.

Al quedarse solas las tres jóvenes y bellas mujeres, la doctora Salomé, con un tono ligeramente despectivo, se refirió a Pau Guaita.

—Hay que tener cuidado con él, su ideología raya en el primitivismo. Piensa que la mujer ha de ser poseída por el macho, cuando es algo que se desechó hace ya mucho tiempo.

—A mí no me ha parecido agresivo —opinó Gala.

—No hay que dejarse engañar. Seguro que él piensa qua el aparejamiento y acople sexual debe efectuarse como si fuéramos seres primitivos o simples animalitos, cuando está claro que el futuro es del unisexo.

Gala se volvió hacia la puerta. No deseaba que la doctora Salomé, su jefe, le viera el rostro, un rostro en el que no iba a reflejar asentimiento.

Respecto a las posibilidades de futuro de la pareja terrícola, ella pensaba de forma muy diferente.

CAPITULO III

— ¡Comandante Guaita, comandante Guaita!

Pau estaba en su camarote, descansando en la litera. Ya no miraba hacia la pantalla en busca de una diversión para no sentirse solo.

— ¿Qué sucede, Mister? —respondió.

—Tenemos una llamada de telecomunicación.

— ¿De quién?

—No se ha identificado.

— ¿A qué distancia está?

—Inferior a trescientos mil kilómetros.

—Eso está muy cerca, ahora mismo voy.

Abandonó el camarote y salió corriendo, casi tropezó con Gala, que avanzaba por el corredor.

— ¿Pasa algo malo?

—No lo sé, tenemos una telecomunicación. Voy a ver de qué se trata.

Pau se alejó de Gala, una mujer joven que le atraía; también le atraían Salomé y Miren, aunque en forma distinta.

Gala estuvo a punto de decirle algo más, pero no lo hizo porque el cosmonauta se alejó corriendo.

El incansable Mister aguardaba en la sala de control.

Pau Guaita se sentó en la butaca de comandante y abrió la telecomunicación con visor incluido

De inmediato apareció un ser desconocido que en algunos aspectos recordaba a un humano-terrícola. Su frente era más grande. Sólo tenía un ojo alargado con dos pupilas que cambiaban de posición, se aproximaban y separaban entre sí.

La nariz también tenía un solo orificio cubierto por una membrana filtrante. La boca era muy fina, apenas sin labios, y su cráneo estaba cubierto como de un suave plumaje blanquecino.

—Un saludo de paz os envían los tiwo.

Ante la imagen de aquel ser totalmente desconocido, Pau Guaita, que jamás se había encontrado en una situación semejante, quedó desconcertado.

—Nosotros somos terrícolas.

—Lo sabemos.

—Pues yo no conocía la existencia de los tiwo.

A Pau Guaita le pareció que aquel ser desconocido se reía de él. Tenia una voz bronca y lenta, quizá esa lentitud se debía a que estaba comunicándose en un idioma que no era el suyo propio para poder entenderse con el terrícola.

—Os conocemos desde hace tiempo y me agradaría que hubiera un encuentro más personal entre nosotros.

— ¿Dónde se encuentran?

—Estamos acercándonos a la órbita del planeta que vosotros llamáis Humus-14.

—Entonces, estaremos muy cerca.

—Así es, terrícola. Enviaremos una embajada a vuestra cosmonave.

—Muy agradecido, pero no puede ser — replicó sin vacilar.

— ¿No queréis nuestra amistad?

—Todo lo contrario, pero debo obediencia a las ordenanzas que rigen en nuestras cosmonaves.

— ¿Niegan la amistad con otros seres civilizados? —interrogó con su voz bronca y lenta el ser de Tiwo.

—No, no se trata de eso, son ordenanzas que yo no he elaborado pero que debo obedecer; no obstante, consultaré para ver qué se puede conseguir. De todos modos, podemos mantener telecomunicación.

—Bien. Nosotros viajamos en una escuadrilla de tres cosmonaves.

Pau Guaita estuvo a punto de contestar que él sólo tenía una cosmonave, pero se contuvo y dijo:

—Espero que sigan buen viaje.

—Estamos en viaje de exploración espacial y nos parece un momento adecuado para establecer contacto con vosotros los terrícolas. ¿Cuántos sois?

De nuevo, Pau comprendió que no convenía responder con espontaneidad, debía desconfiar de aquellos desconocidos.

—Una tripulación completa.

—Pero en una sola cosmonave. ¿Qué dotación tiene?

—La necesaria.

—Parece haber una cierta desconfianza por tu parte.

—Lo siento, pero debo responder según las ordenanzas que tengo.

—Nosotros tenemos una civilización tecnológica más avanzada, os podemos enseñar muchas cosas, tecnología y ciencia que os hará avanzar.

—Agradecemos la colaboración, pero, de momento, esperaremos a recibir órdenes de la superioridad.

— ¿No tenéis autonomía de decisiones?

—Si entran en conflicto con las ordenanzas, la verdad es que no.

—Seria bueno que nos enviaras por pantalla las ordenanzas para que pudiéramos conocerlas y así evitar errores o situaciones conflictivas.

—Lo estudiaremos. Espero que al acercarse a la órbita del planeta Humus-14 no entren en colisión con nosotros. De todos modos, nuestros superradares mantendrán la vigilancia.

—No tengáis miedo, terrícolas, no entraremos en colisión. Orbitaremos el planeta Humus-14, sabemos que estáis llevando a cabo un control sobre él. ¿Qué es lo que pensáis hacer?

—Estudio, ciencia.

— ¿No hay metales preciosos, gemas u otros minerales que os interesen?

— ¿No cree que hace demasiadas preguntas?

Aquel ser desconocido, procedente de un mundo lejano pero que al parecer conocía a los terrícolas por observación a distancia, volvió a reírse.

—Disculpad, terrícolas, es nuestra forma de comunicarnos. No vamos con tantas evasivas como vosotros.

—Es que yo no he hecho preguntas y usted sí.

—Puedes hacerlas.

— ¿De veras?

—Claro.

— ¿Cuántos seres son? Me refiero entre las tres cosmonaves.

—Seiscientos, doscientos por cosmonave. ¿Satisfecho?

Pau Guaita vaciló ligeramente y esperó que no se le notara antes de responder.

—Llevan unas dotaciones cortas.

— ¿Cortas?

—Sí, son pocos.

— ¿Cuántos sois vosotros?

—Las ordenanzas no me autorizan a responder.

—Ah, sí, lo había olvidado. Es una pena, nosotros queremos ayudaros.

— ¿Tan seguros están de que somos inferiores?

—Sí, os hemos observado antes de efectuar este primer contacto.

— ¿Y por qué tanto recelo?

—Ignorábamos vuestro índice de agresividad.

—No creo que estén tan adelantados sobre nosotros.

— ¿Ah, no? Pues podríamos comparar las tecnologías. Enviaremos una embajada científica a vuestra cosmonave para...

—Déjelo para cuando yo lo decida —le interrumpió Pau.

— ¿Por qué no se pone ante el telecomunicador el comandante de la cosmonave?

—El comandante soy yo puntualizó Pau Guaita.

—Está bien, comandante Entonces, ¿las decisiones las tomas tú?

—Exacto.

—Y si has de consultar por encima de ti, ¿a quién lo harás?

—A mis superiores.

— ¿Te refieres a los que se encuentran en el planeta Tierra?

—Puede ser. Ahora tengo que cortar la telecomunicación, volveremos a establecer comunicación en otro momento.

—Como gustes, terrícola.

Pau cortó la comunicación y se encaró con el androide.

—Si hay petición de telecomunicación, no abras el canal hasta que yo esté aquí para hacerme cargo de ella. ¿Comprendido?

—Afirmativo.

— ¿Ha habido una telecomunicación? —preguntó la doctora Salomé, sorprendiéndole.

—Sí —asintió, encarándose con ella.

— ¿Quién era?

—Unos seres desconocidos que dicen proceder de Tiwo.

— ¿Tiwo? No he oído jamás nada sobre tales seres.

—Tengo la grabación, ahora los pasaré en pantalla.

—Sí, será mejor, quiero verlo.

Pau Guaita tecleó en su panel de mandos y en pantalla apareció la imagen de aquel ser desconocido que tenía un solo y gran ojo, pero con dos pupilas móviles.

—He visto a seres de otros planetas, pero a éste seguro que no le he visto jamás,

—El asegura que nos conoce por teleobservaciones.

— ¿Y qué desea?

—Tengo la impresión de que pretende averiguar demasiadas cosas,

— ¿Qué quieres decir?

—Pues asegura que nos quiere ayudar, pero tengo la impresión de que quiere meterse en esta cosmonave para espiar y ver cuáles son nuestras posibilidades defensivas ante un ataque.

— ¿Hostiles?

—Prefiero no fiarme de ellos. Además, las ordenanzas lo dejan bien claro. Ningún alienígena entrará en una cosmonave terrícola que se halle en viaje espacial, a menos que esté dentro de una cápsula de seguridad.

—No creo que ese ser se deje introducir en una cápsula de seguridad.

—Yo tampoco. Dice que son seiscientos; si se enteran de que somos cuatro y un androide, puede resultar muy peligroso. Si son hostiles, nos atacarán.

—Pero, ¿por qué nos pueden atacar?

—Lo ignoro. ¿Quién puede saber las intenciones o planes que les mueven a acercarse a nosotros? Hasta ahora han hecho observaciones a distancia y en cambio ahora pretenden acercarse a nosotros e incluso meterse en la cosmonave asegurando que nos van a dar lecciones de tecnología y ciencia avanzada.

—Es una situación desagradable —opinó Salomé, que era consciente de su belleza, una belleza más madura que la de Gala o Miren, una belleza más voluptuosa y que más inconscientemente utilizaba para provocar al único hombre que había en la cosmonave Serp-82 —. ¿Tienes algún motivo concreto para pensar en su hostilidad?

—No, pero no me fío. Además, estamos en total inferioridad. Ellos aseguran que son superiores a nosotros y además son seiscientos en

tres cosmonaves que pueden ser de guerra.

—Y si nos atacan, ¿qué podemos hacer?

—Nada —respondió Pau Guaita con lacónica seguridad.

— ¿Y si pidiéramos ayuda?

—Ellos interceptarían el mensaje y seria peor. Además, ¿quién iba a recoger ese mensaje y acudir en nuestra ayuda?

—La cosmonave que nos transportó a nosotras.

—Esa cosmonave está lejísimos. Hace siete períodos que estáis aquí y navegando a velocidad cinco mach luz, ahora deben estar a tal distancia que no captarían nuestro mensaje y, aunque lo captaran, nada podrían hacer. Debemos mantenernos desconfiados, que no averigüen nuestra debilidad.

— ¿Qué crees que podrían conseguir si nos atacaran?

Se encogió de hombros antes de responder:

—Una victoria, una cosmonave, poder estudiarnos mejor, conseguir datos con vistas a una futura invasión.

— ¿No estaremos viendo demasiados fantasmas? —preguntó la doctora Salomé.

—No lo sé, pero hay que tomar precauciones. Lo que es evidente es que ellos quieren entrar en esta cosmonave y eso no me gusta; también han hecho demasiadas preguntas indiscretas.

—Bien, esperaremos acontecimientos.

—Sí, pero...

— ¿Pero qué?

—Que no se pase por alto que en esta cosmonave quien toma las decisiones soy yo. Desgraciadamente, por la muerte de mis compañeros soy el comandante en funciones.

— ¿Por qué me has hecho esa puntualización?

—Eres la jefe del equipo científico, pero de la cosmonave y del programa Júpiter-Geo-Sophia, el comandante soy yo.

—Nadie ha tratado de quitarte el mando —respondió la doctora Salomé, casi sarcástica.

—Es cierto, pero antes de que pueda ocurrir, es mejor que quede claro, máxime ahora que nos hallamos ante una situación que puede ser peligrosa.

—Y si nos atacan, ¿nos defenderás de esos extraños de ignorada procedencia?

—Lo intentaré.

—Nosotras también estamos capacitadas para utilizar armas; los tiempos de san Jorge y el dragón pasaron hace muchos milenios.

—Sólo pretendo que quede claro que nos hallamos en una situación de emergencia y que se nos van a acercar unas cosmonaves desconocidas de seres que parecen saber mucho de nosotros, yo diría que excesivamente.

Entre burlona y mordiente, la doctora Salomé preguntó:

— ¿Y cuáles son sus órdenes, comandante?

—En estos casos, las ordenanzas de vuelo espacial aconsejan que cada uno de los viajeros, sean o no tripulantes, lleven consigo un arma reglamentaria y tengan cerca en todo momento un traje de supervivencia.

—Bien, consultaremos en las terminales de nuestro laboratorio cuáles son las disposiciones a seguir.

—Eso está bien, y nada de telecomunicaciones que podrían ser interceptadas por los posibles enemigos.

—Se lo diré a los demás.

—Mejor. Yo tengo mucho que hacer, no olvidéis que en el control y manejo de la cosmonave éramos cinco cosmonautas y ahora estoy solo.

—Si necesitas de nuestra ayuda, no dudes en pedidla. Quizá te sorprendas de lo que podemos ser capaces.

Pau Guaita, pensativo, la vio alejarse.

CAPITULO IV

Mientras el incansable androide Mister seguía en la sala de control, vigilando las terminales, los humanos terrícolas se hallaban reunidos en la sala de ocio donde tenían una pantalla terminal por si requerían

informes del ordenador central.

—Hemos constatado que las tormentas radio-termo eléctricas han disminuido en un sesenta por ciento —expuso la doctora Salomé, que, tecleando, hizo salir unas fotografías, en pantalla.

— ¿Están hechas con infrarrojos? preguntó Pau Guaita.

—Sí, infrarrojos, ultrasonidos, ultravioleta y sensorradio-gráficas — puntualizó Miren, que, al parecer, era quien se había encargado de aquel trabajo.

—Bien, ¿y qué quiere decir? preguntó Guaita—. ¿Se ha terminado ya el programa Júpiter-Geo-Sophia?

—En absoluto corrigió la doctora Salomé —. Ahora hay que lomar más datos y habrá que bajar.

— ¿Al planeta? se sorprendió Pau Guaita.

—Exacto, hay que descender al planeta con la lanzadera.

El hombre objetó:

—Eso es muy peligroso.

—Cuando estamos en el espacio, lejos de nuestro planeta, nos hallamos en constante peligro, pero asumimos los riesgos —le replicó la doctora Salomé.

—Lo sé, pero a bordo de esta cosmonave estamos bastante seguros.

— ¿Tan seguros como los cadáveres que hay en las cápsulas de criogenización?

Las aletas de la nariz de Pau Guaita se movieron, expulsó el aire de sus pulmones antes de volver a hablar.

—Sí, corremos riesgos, pero abajo hay todavía un caos apocalíptico. Las radiaciones son muy altas, lo mismo que la temperatura. La evaporación del agua es brutal, las tormentas continuas, y los rayos son constantes sin contar con la fuerza de los vientos que desplazan hasta las rocas más pesadas.

—Todo ha disminuido. Hay que recoger muestras para terminar nuestro informe. Estas muestras completarán la investigación y el planeta seguirá su evolución, a menos que se le aplique un segundo programa para la siembra de los vegetales. En este momento sólo se puede conseguir modificar la composición de la atmósfera, de la troposfera y la aparición de grandes cantidades de aminoácidos.

—Podríamos enviar al androide a recoger muestras —observó Pau.

—No, prefiero cogerlas por mí misma —replicó la doctora Salomé.

—Un momento, no podemos olvidar que los tiwo andan cerca.

La doctora Salomé, que no parecía dispuesta a desistir del plan que se había trazado, insistió:

—Tuviste una telecomunicación con esos seres a los que no habíamos visto jamás, pero, al parecer, los asustaste, porque ya no se han vuelto a telecomunicar y ni siquiera el suprarradar los ha detectado.

—Pueden estar cerca insistió.

—Hace siete periodos que no sabemos de ellos. Si se hubieran acercado, los habríamos detectado —continuó Salomé.

—El ser que vi en pantalla no me pareció de fiar. Tengo la impresión de que está agazapado en alguna parte, esperando que cometamos algún fallo. Por supuesto que lo de agazapado es una vulgar comparación.

—No creo que eso tenga importancia.

Miren intervino:

—En recoger las muestras no tardaremos mucho, bastará con un solo viaje. Hay que comprobar si las violentas tormentas radio-termo-eléctricas que se desataron tras el lanzamiento de los misiles nucleares han multiplicado la aparición de aminoácidos.

—Está bien, veo que no podré haceros desistir. Cuando recojáis las muestras, abandonaremos la órbita del planeta Humus-14 e iniciaremos el regreso a la Tierra.

—Gala se quedará aquí: en la lanzadera descenderemos Miren y yo —decidió la jefe del equipo científico.

—Si queréis que os acompañe Mister...

—No, nosotras nos bastamos.

—Me gustaría acompañaros, pero siendo el único tripulan te no puedo abandonar la cosmonave.

—Lo comprendemos. Desde la lanzadera procuraremos permanecer en contacto durante todo el tiempo.

—No será tan fácil si os sumergís en las tormentas. De todos modos, aumentaremos la potencia de telecomunicación.

Salomé lo tenía todo preparado, y ella y Miren vistieron sus trajes de supervivencia.

Dentro de la lanzadera ya tenían los portamuestras y los útiles para sacarlas.

Gala las ayudó hasta que estuvieron dispuestas para la marcha. Después se dirigió a la sala de control donde se hallaba Pau, que le preguntó:

— ¿Están listas?

—Sí, puedes comunicarte con ellas.

—Es muy terca la doctora Salomé.

—Está acostumbrada a mandar.

—Es que no parece querer darse cuenta de que estamos en una situación de emergencia.

—Ella sólo sabe que se le ha encomendado una fase de un programa importante y tiene que llevarla adelante. No consentirá que se lo impida nadie, tú incluido.

—Está bien, que haga lo que le plazca. Esperemos que los tiwo no aparezcan por parte alguna y las pongan en peligro.

—Salomé opina que esos seres ya no están por aquí.

—Eso parece, pero no debemos confiarnos. Tengo la obligación de que esta cosmonave regrese al planeta Tierra sin más problemas. El programa Júpiter-Geo-Sophia ya ha sido aplicado al planeta Humus-14, vuestro trabajo de investigación es secundario.

— ¿Secundario, por qué?

—Otra cosmonave, en otro tiempo, puede pasar por aquí y recoger muestras sobre la evolución acelerada del planeta. Después de todo, no podrá ser habitado por entes como nosotros en mucho tiempo. Había prisa por aplicarle el programa de evolución acelerada, pero ninguna en habitarlo. Se va a quedar en el espacio como posible reserva de planeta habitable.

—Cada cual piensa que su trabajo es el más importante y además creo que debe ser así. De esta forma, todos tratamos de hacer mejor nuestra labor.

—No sé cómo os las arregláis, pero al hablar siempre parecéis tener razón.

— ¿Estás molesto?

—No quisiera estarlo, pero es mucha responsabilidad y más cuando no consigo hacerme obedecer.

—Son cometidos distintos, no tenemos por qué obedecerte, no somos tu tripulación.

—Esta cosmonave, después de las muertes acaecidas, se halla en

situación de emergencia. ¿Es que no os dais cuenta de que si nos enfrentamos a algún peligro yo solo, aunque esté ayudado por el androide, no voy a ser suficiente para atender a todo?

—Yo creo que podrás atender a todo y regresaremos al planeta Tierra.

—Espero que no te equivoques.

—Vamos, ellas están esperando.

Pau Guaita abrió el telecomunicador y apareció el bello rostro de Salomé.

— ¿Estáis ya seguras dentro de la lanzadera?

—Sí, listas para salir.

—Voy a despresurizar el hangar y abrir las compuertas.

—Bien, saldremos de aquí en cuanto se enciendan las luces verdes.

—No perdáis contacto con la cosmonave. Ah, y no digáis nada que pueda comprometernos, por si es captado por esos desconocidos seres de Tiwo.

Casi irónica, rezongó:

— ¿Y qué es lo que podremos decir?

—No hables de la labor que vas a llevar a cabo ni mucho menos menciones los que somos a bordo, ya me entiendes. No digas nada que pueda tomarse como debilidad frente a un posible ataque.

—De acuerdo, pero no te preocupes tanto, esos seres ya no están aquí. Si estuvieran, ya los habríamos detectado.

—Pese a todo, no me fio. Suerte.

Las bombas succionaron velozmente el aire que llenaba el hangar, metiéndolo a presión en los tanques de almacenamiento.

Se abrieron las compuertas y frente a Salomé y Miren apareció el firmamento plagado de estrellas y parte de la gaseoesfera que envolvía al planeta Humus-14, un planeta convulsionado por una actividad radiotermoeléctrica con huracanes y tempestades de más de mil kilómetros hora en algunos puntos, vientos que se llevaban olas enteras de los océanos o puntas de picachos.

La lanzadera abandonó suavemente la panza de la Serp 82 y se alejó en busca de la gaseoesfera, penetrando en ella. El rozamiento con la densa atmósfera, a causa de la gran cantidad de vapor de agua que contenía, era muy elevado.

La doctora Salomé pilotaba bien la lanzadera y supo introducirse en

la atmósfera sin que subiera demasiado la temperatura por rozamiento. Después fue descendiendo, tenía visores electrónicos.

Evitaron las zonas del planeta de mayor actividad y se acercaron a un inmenso lago. Pese a que el viento era fuerte, debido a la colocación de las montañas que lo rodeaban, quedaba bastante protegido. No obstante, soplaban vientos de cíen kilómetros de velocidad.

—Este lugar está desolado opinó Miren.

—Nos detendremos primero aquí y después iremos a otros lugares, pero las primeras muestras podemos tomarlas en este lago. Los lagos y las orillas de los mismos son los lugares primarios de aparición de vida.

—Esperemos que no caigan piedras sobre nosotras —opinó Miren.

—Este es un sitio bastante tranquilo insistió Salomé.

Caían multitud de rayos haciendo temblar el suelo con el fragor de los truenos; mas, pese a aquella actividad eléctrica y a la abundante lluvia, aquel lugar era menos activo que los océanos y las orillas de los mismos y los cañones o ríos que, debido a la gran cantidad de lluvia, estaban desbordados.

—Voy a salir a buscar muestras.

—Yo también saldré —dijo Miren.

—Bien, terminaremos pronto el trabajo, este lugar es peligroso.

— ¿Te has fijado en eso que flota en el agua?

— ¿Flotar? Si parecen piedras...

Se acercaron a las agitadas aguas del lago, que no cesaban de recibir los rayos que las iluminaban. Eran tantos los rayos que caían que no hacían falta focos para ver.

Las dos mujeres terrícolas llevaban sus ojos protegidos para no quedar cegadas por la luminosidad.

—Esto parece algo vivo —señaló Miren.

— ¿Vivo? Imposible, este planeta carecía de vida, sólo tenía vestigios de aminoácidos.

—Pues eso parece algo orgánico insistió Miren.

—Lo mejor será tratar de cogerlo como muestra.

—Es demasiado grande para llevárnoslo.

—Intentaremos sacar una muestra de eso.

Miren se fue metiendo en el agua, protegida como estaba por el

traje espacial que la aislaba de las temperaturas exteriores y la radiación.

Con aquel traje que tenía autonomía de respiración podía seguir caminando hasta hacerlo por debajo del agua sin problemas.

—Ya lo tengo, no es ninguna roca —dijo Miren.

De pronto, aquello se abrió como si fuera una nuez y del interior salió un ser vivo, un ser que tenía seis palas tentaculares que atraparon a Miren, que gritó.

Salomé la oyó a través del minirreceptor incorporado en su yelmo.

Salomé no iba armada. Estaba segura de que aquél era un planeta muerto, un planeta que no podía depararle más sorpresas que el viento, la lluvia, los rayos y los fuertes vientos, pero en medio de la lluvia, los rayos, el viento y el fragor de los truenos, aquella extraña criatura que acababa de salir del interior de la cápsula o espora había atrapado a Miren con sus patas, posiblemente considerándola proteínas con que alimentarse.

Dio la vuelta para ir en busca de un arma que llevaba dentro de la lanzadera mientras Miren luchaba con aquello desconocido cuando la propia Salomé se encontró frente a frente con varios seres tiwo que, protegidos con trajes espaciales, la apuntaban con sus armas.

Salomé se sintió desfallecer, nada podía hacer para salvar a Miren y tampoco para defenderse.

Ni siquiera podía llamar a Pau Guaita a la cosmonave, pues con el pequeño emisor de su casco no lograría traspasar la densa gaseoesfera llena de actividad radioeléctrica.

CAPITULO V

—Está pasando demasiado tiempo sin que obtengamos respuesta —gruñó Pau Guaita con el ceño fruncido.

—Es posible que traten de comunicarse, pero las perturbaciones que tú has provocado con la evolución acelerada no permiten llegar las señales.

—Aunque fuera distorsionadas, las señales tendrían que llegar.

— ¿Y qué dice Mister? —preguntó Gala.

El androide respondió:

—Negativo, negativo, no hay señales de telecomunicación.

—Con el suprarradar habréis podido seguir la lanzadera.

—Se perdió la señal —respondió de nuevo el androide.

—No sabemos nada de ellas, nada.

—Quizá estén en la cara opuesta del planeta —aventuró Gala.

—Nosotros estamos orbitándolo y observamos todas las caras. La verdad es que no debían haber descendido en estas circunstancias y lo malo es que yo no puedo abandonar la cosmonave.

— ¿Lo impiden las ordenanzas?

—Sí.

—Y si faltas a las ordenanzas, ¿qué ocurriría?

—Que perdería credibilidad y no se me ascendería. Ahora, debido a las trágicas circunstancias, estoy como comandante en funciones de una cosmonave con plena autonomía. Si consigo llevar esta cosmonave de regreso al planeta Tierra, posiblemente se me ascienda a

comandante oficial pese a mi juventud; tengo un gran porvenir ante mí.

— ¿Y por miedo a perder un futuro como cosmonauta no ayudarías a alguien en situación de peligro?

—Vamos, Gala, eso ni lo digas; no obstante, no puedo abandonar el control de esta cosmonave, soy el único ser vivo que puede manejarla.

— ¿No podría regresar ella sola de forma automática al planeta Tierra?

—Sí, podría hacerlo, pero con una fiabilidad cincuenta y para emprender un largo viaje espacial se exige una fiabilidad mil. Y aun teniendo fiabilidad mil, surgen imprevistos que destrozan esa supuesta seguridad que siempre es hipotética. Por cierto, tengo que solucionar un problema de conducciones.

— ¿Quieres que permanezca aquí, esperando alguna comunicación?

—Si, puedes quedarte, pero no toques ningún mando, por favor. Mister te avisará si hay algo nuevo.

En la sala de mantenimiento, Pau Guaita pidió a la terminal el esquema del circuito oleoneumático que conducía a los misiles que no habían sido lanzados.

Exigió el punto exacto de la avería y en la pantalla se enrojeció una minibomba de compensación. Tenía localizada la avería y conocía la forma de arreglarla.

Buscó una minibomba de compensación idéntica y cogiendo un maletín de herramientas fue hasta el lugar de la avería y cambió la pieza. Después, llamó por el intercomunicador.

—Mister, ¿me oyes?

—Afirmativo, comandante.

—Comprueba el circuito oleoneumático del programa de misiles que correspondían a la fase nueve.

Mister tecleó en el panel de mandos que tenia encomendado bajo la vigilancia de Gala

Tras varias manipulaciones el androide respondió:

—Negativo.

— ¿Negativo, estas seguro Mister? —insistió Pau por el intercomunicado, sin importar la mirada de la pieza que acababa de cambiar.

—Congelación de los conductos por hipotermia —dijo el androide que leía en la pantalla de la computadora.

—Que extraño si he cambiado la pieza...

—Atención, atención —advirtió Mister—, El suprarradar capta un vehiculo móvil en la atmósfera de Humus-14.

— ¿Es la lanzadera? —preguntó Pau.

—Faltan datos.

—Gala, ¿me oyes?

—Sí.

—Trata de comunicarte con la lanzadera. Ahora me dirijo a la sala de control, ya solventaré esta avería en otro momento.

Gala exigió al androide:

—Pásame la telecomunicación.

—Afirmativo.

La muchacha comenzó a llamar a sus compañeras.

—Aquí Serp-82, aquí Serp-82 llamando a lanzadera... ¿Me escuchan?

—Aquí lanzadera, oímos perfectamente.

— ¿Eres tú, Salomé?

—Sí.

Gala mantuvo la conversación y cuando Pau Guaita llegó a su lado le dijo:

—Ya están llegando.

—Bien, menos mal que no ha ocurrido nada desagradable. Las compuertas del hangar ya están abiertas, no tendrán problemas para entrar.

— ¿Ves como no ha sucedido nada malo?

Pau Guaita miró a los ojos de Gala, le parecieron unos ojos verdes maravillosos. Sintió unos imperiosos deseos de besar los labios de la joven científica: ella semejó captar su pensamiento y como él no se atrevía, fue ella quien adelantó su rostro y le besó en la boca.

— ¿Tranquilo?

—Estoy mejor, pero no me gusta que me trates como a un niño. Tengo una gran responsabilidad y me han enseñado a desconfiar. Cuando se viaja por el espacio interestelar, a grandes distancias de nuestro planeta Tierra, cualquier cosa puede ocurrir. Nunca se sabe cuál puede ser la sorpresa, es algo que me enseñaron bien en la academia de cosmonautas y no pienso olvidarlo. He de estar preparado en todo momento para enfrentarme a lo desconocido, para ello se me

ha entrenado.

—Debes confiar más en nosotras, sabemos hacer nuestra labor. Además, la doctora Salomé es muy inteligente.

—No lo dudo.

—Si nos das unos esquemas sinópticos sobre la forma en que podemos ayudarte, no dudes que lo haremos.

— ¿Me pides que os prepare como si fuerais androides?

Ella sonrió.

—Sencillamente para llevar a cabo una labor que no es la nuestra habitual. Si hacen falta tripulantes para un control completo de la cosmonave, nosotras te ayudaremos.

—Contaré con ello. Eh, mira, ahí llegan.

La lanzadera se acercaba a la panza de la Serp 82. Las compuertas permanecían abiertas y el hangar estaba dispuesto para recibirlas.

Pau Guaita ignoraba entonces los momentos de horror que le aguardaban. No se habían equivocado sus maestros de la cosmonáutica al pedirle que desconfiara de todo y de todos cuando se hallara en una situación difícil en el espacio, muy lejos del planeta Tierra.

CAPITULO VI

— ¿Cómo ha ido todo? —preguntó Pau Guaita al enfrentarse con la hermosa doctora Salomé, jefe del equipo científico.

—Bien. Al parecer, la aceleración evolutiva de nuestro programa en este planeta ha sido un éxito completo.

— ¿Vais a decirme que ya han aparecido elefantes y caballos? —casi se burló.

—No, no esperábamos tanto, pero sí hay muchos aminoácidos y es posible que cuando las aguas se calmen, dentro de ellas encontremos microplancton.

— ¿Cuando las aguas se calmen?

—Sí, eso he dicho.

—Es lo que me habla parecido entender.

—Aguardaremos a que las tempestades se apacigüen, en especial las aguas. Entonces, conseguiremos extraer de las aguas muestras que resultarán sorprendentes cuando las mostremos en el planeta Tierra.

— ¿Te das cuenta de lo que dices? —insistió Pau Guaita a la bella jefe científico.

—Sí, ¿qué hay de malo?

—Esperar a que las tempestades se calmen seria dejar pasar un mínimo de cien periodos de tiempo y aun así, no es seguro que hubiera calma. La meteorología de este planeta, activada por los impactos radiotermonucleares, es un misterio. Posiblemente tenga multitud de erupciones volcánicas, el interior del planeta está vivo.

—No será tanto. Mantendremos una observación de las condiciones meteorológicas y cuando veamos la posibilidad de que haya calma, aunque sea en unas zonas pequeñas del planeta descenderemos de nuevo para extraer más muestras.

—No.

— ¿Qué quieres decir?

—Que no. Ya habéis recogido muestras y esta cosmonave se halla en situación de emergencia. Hay que regresar. Ya he hecho mucho poniendo en marcha el programa Júpiter-Geo- Sophia, ahora hay que volver a la Tierra.

—Regresar ahora que tenemos tantas posibilidades de éxito en nuestras manos es una barbaridad, hay que tener un poco de paciencia.

—El comandante de la cosmonave soy yo y por tanto, quien decide.

—Redactaré un informe de queja a la superioridad.

—Puedes hacerlo, pero aquí el mando, la responsabilidad total, la tengo yo.

—Lo que me está pareciendo es que tienes miedo —le dijo ahora con una sonrisa que fue hiriente.

—Piensa lo que quieras, pero nos marchamos cuando yo lo decida.

—Tu miedo va a malograr la investigación.

—No creo que se pierda nada. Otra cosmonave vendrá hasta aquí con la misión de observar y extraer muestras y quizá después haga la siembra.

Pero si nosotros aguardamos para recoger más muestras, adelantaremos mucho en la investigación de este planeta.

—Es posible, pero es inútil que insistas.

Pau Guaita tuvo la sensación de captar una mirada de ira en los ojos de Salomé. Aquella mujer era muy atractiva, pero tenía algo que no le agradaba, algo extraño, difícil de describir.

Trató de imaginársela desnuda, dispuesta para ser amada, y no lo consiguió, la imagen se disolvía en una negrura hostil.

— ¿Estás pensando algo interesante? —preguntó ella de pronto, como si hubiera captado lo que Pau trataba de ver dentro de su mente.

—Nada —respondió él, y se alejó dándole la espalda.

Unas horas más tarde, Pau Guaita fue sorprendido en su camarote por el mismísimo androide.

—Hola. Mister, ¿qué ocurre?

—Tengo que darle un informe, comandante.

—Ah, si, ¿cuál?

—Es sobre la científico Miren.

— ¿Qué pasa, se encuentra mal?

—La gama de sus olores ha cambiado.

— ¿Qué?

—La gama de sus olores ha cambiado —repitió Mister como un autómata que era, sin poner ironía en su voz de bocina antipática.

—Bueno, los humanos cambiamos de olores. Depende de lo que comamos, del ejercicio que llevemos a cabo, de nuestros cambios sexuales...

—Comandante, era mi deber informarle.

—Si, claro, era tu deber y lo has cumplido, para eso se te ha programado. ¿Algo más?

—La temperatura de la científico Miren ha cambiado.

— ¿También la temperatura?

—Afirmativo. Mis sensores de infrarrojos han detectado un cambio de temperatura.

—Abajo, en medio de las tempestades del planeta Humus- 14, se habrá resfriado.

—Tiene una temperatura de veinte grados Celsius.

—Vamos, Mister, ¿es que no sabes que ningún humano terrícola puede vivir con esa temperatura corporal?

—Mi telecodificador de temperaturas detecta veinte grados Celsius en el cuerpo de la científico Miren.

—Pues tendrás un error que habrá que corregir, lo pondré en la lista de asuntos pendientes. Ahora, si no tienes más que decirme, puedes regresar al control de telecomunicaciones y del suprarradar.

—Ambos sistemas funcionan automáticamente.

—Prefiero tener una vigilancia más directa. No me gusta la extraña desaparición de las naves de los tiwo.

—Obedeceré sus órdenes, comandante, pero debo informar que la científico Miren no es la misma.

—De acuerdo, de acuerdo, ya me lo has dicho.

—Obedezco sus órdenes, comandante.

—Así me gusta, Mister, tengo demasiados problemas ahora.

Mister se alejó, había cumplido con su obligación; no había molestia ni rencor en él poique no hubieran hecho caso de sus palabras, él era un androide y no un humano cargado de sentimientos.

La cosmonave Serp-82 seguía orbitando a considerable distancia al planeta Humus-14.

Los minutos, las horas, los períodos de tiempo, iban transcurriendo y la actividad en el planeta Humus-14 no aflojaba, seguían las tempestades en sus océanos recalentados, las grandes velocidades de los vientos que hacían volar las rocas por los aires, las lluvias que semejaban verdaderas cataratas rayendo del cielo, cataratas que, empujadas por los fortísimos vientos, en ocasiones semejaban grandes ríos deslizándose por el aire sin encontrar donde desembocar.

Encontró a Gala en el pequeño gimnasio.

Pau Guaita había dejado utilizar aquella pequeña dependencia provista de aparatos de gimnasia desde que se quedara solo en la cosmonave.

Había optado por los largos paseos haciendo footing por el interior de la cosmonave, revisándola de esta forma con sus propios ojos, pateándola para que nada se le escapara.

Gala llevaba un maillot dorado, tan fino y ajustado que parecía que no vistiera nada y que el color de su piel fuera dorado. En aquel momento, ejercitaba los músculos de sus piernas en una cicloestática.

Pau buscó sus pupilas intensamente verdes antes de decirle:

— ¿Todo está bien?

Gala abandonó la cicloestática y se fue hacia las barras espalderas.

—La doctora Salomé está muy irritada.

— ¿Contra mí?

—Ajá —asintió, expeliendo el aire de sus pulmones con fuerza para vaciarlos por completo.

—No podemos pasar más tiempo aquí, ya hemos estado más del que yo tenía previsto.

—Ella dice que podemos recoger mejores muestras.

—Es posible, pero tendríamos que pasar mucho tiempo orbitando este planeta.

—Esa labor puede dejarse para otro equipo de investigación. No se nos ha pedido que consigamos la habitabilidad inmediata de este lejano planeta.

—La doctora Salomé —expuso Gala, deteniéndose en su gimnasia opina que no debemos desaprovechar una situación que se nos brinda favorable y que podría evitar un posterior viaje de exploración que siempre representa un gasto importante para la Confederación.

—No sería preciso enviar una cosmonave aquí concretamente. Otra con destino distinto, pero cuya ruta pasara cerca de Humus-14, podría detenerse unos períodos para llevar a cabo la exploración. Además, será mucho más efectiva porque habrá transcurrido un tiempo que es imprescindible para la aparición de vestigios de vida. Yo no puedo creer, pese a la actividad radiotermoeléctrica provocada, que se haya creado vida.

—Pau, no lograrás convencer a la doctora Salomé.

— ¿Y a ti?

— ¿A mí?

—Sí, a ti —insistió él.

—Yo no importo. Obedezco órdenes, la jefe del equipo de investigación es la doctora Salomé.

—Pero ¿por qué no me das tu opinión?

—No serviría de nada, lo que importa es que todos estemos bien y

que el programa que se nos encomendó siga adelante.

Pau se sentó en el falso remo y comenzó a remar con fuerza. Los bíceps de sus brazos se hinchaban y deshinchaban.

—Tan bien que podríamos estar los cuatro y se ha creado una tensión desagradable.

—Salomé dice que lo que tú querrías es tener una especie de harén en la cosmonave.

—Bueno, no he dicho tanto —sonrió Pau—, pero no puedo evitar que las mujeres me gustéis.

—La doctora Salomé asegura que eres muy primitivo, muy básico y excesivamente joven e impulsivo, que te falta madurez.

—Vaya con la doctora. ¿Y tú qué piensas? Porque no haces más que repetir «la doctora Salomé por aquí, la doctora Salomé por allá», pero no sueltas lo que tú piensas o dices.

— ¿Por qué te importa tanto lo que yo pueda decir o pensar? —inquirió Gala, interrumpiendo su gimnasia.

Pau Guaita también se detuvo en sus movimientos de remo, ambos habían entrado en calor.

—Por lo visto, la doctora Salomé está tan irritada contra mí que se complace en dejarme más o menos como a un subnormal.

—No tanto.

El hombre abandonó el remo y se acercó a Gala, que seguía con los pies sobre las barras y las manos cogidas a ellas.

Pau puso sus manos sobre la cintura de la joven mujer, una cintura estrecha. Sin que ella se moviera, posó dos besos, uno sobre cada seno, senos bien formados, senos prominentes y altos que se sostenían por sí mismos, ya que el maillot dorado sólo hacía que enfundarlos.

Buscó luego la boca de Gala y la besó despacio, muy despacio. Notó que ella tenía los labios entreabiertos y que se humedecían.

—Magnífico, magnífico.

Ambos se volvieron.

La doctora Salomé estaba en el umbral de la puerta del pequeño gimnasio. Sonreía, mas era la suya una sonrisa preñada de amenazas.

—Estoy en mis horas de ocio recordó Gala.

—Sí, ya veo que aprovechas muy bien la gimnasia.

— ¿Es que se ha de sentir sometida durante todo el tiempo? —gruñó Pau, molesto.

—Soy la doctora jefe del equipo de investigación.

—Y yo, el comandante de la cosmonave replicó Pau.

—Pero ella está bajo mi mandato puntualizó Salomé.

—Y las dos bajo el mío.

— ¡Ya habló el cosmonauta macho! —exclamó Salomé con cáustico sarcasmo.

— ¡Basta, basta! —pidió Gala con un grito, incapaz de soportar la lamentable situación ¿Es que no podemos vivir en paz siendo tan pocos y estando tan lejos de nuestra madre la Tierra?

A Gala le saltaron unas lágrimas de los ojos y echó a correr. Pasó junto a Salomé y si ésta no se hubiera apartado, la habría empujado para poder huir.

— ¿Ya estás satisfecha? —le preguntó Pau a Salomé.

—Lo dices como si yo tuviera la culpa.

—Claro que sí. No hay ninguna ordenanza que prohíba hacer el amor en una cosmonave mientras no haya abandono de servicio. ¿Es que quieres que te repita las ordenanzas todo el tiempo? Coge una terminal y pregúntaselo todo al computador.

—Estaba segura de que no podrías resistir sin abusar de una mujer. Somos tres y has terminado por preferir a la más débil.

— ¿La más débil?

—Sí. Gala es la más débil

—No opino yo lo mismo; mejor diría que es la más dulce. Gala y yo congeniamos, y ahora, disculpa, tengo que hacer.

Pau Guaita abandonó también el gimnasio y se dirigió a la sala de control. Se dejó caer en su butaca anatómica desde la que podía gobernar la cosmonave.

—Mister, ¿cómo va todo? ,

No hubo respuesta. Pau hizo girar su butaca para encararse con el androide.

—Mister, ¿me oyes?

Esperaba la clásica respuesta de «afirmativo», pero ésta no se produjo, no salió de la boca artificial del androide.

— ¿Qué diablos te pasa, Mister?

Abandonó la butaca y se acercó a él. Mister no se movía, sus ojos artificiales estaban fijos, no miraban a parte alguna.

—Mister, ¿es que se te ha acabado la pila?

CAPITULO VII

Cuando Gala entró en el taller de mantenimiento, vio la lámpara foco encendida, enviando su luz sobre la alargada mesa sobre la que se hallaba tendido el androide.

La muchacha pudo ver que tenía el pecho y el abdomen abierto y de su interior salían cables y relés. Pau Guaita estaba inclinado sobre él, trabajando, interviniendo con pinzas, cubiertos sus ojos por gafas oscuras que le protegían de los chisporroteos que de vez en cuando brotaban del cuerpo del robot biónico.

De pronto se produjo un fuerte chispazo y hasta la luz de los ojos de Mister se apagó.

Pau Guaita lanzó una imprecación y las pinzas salieron despedidas con rabia de sus manos, clavándose sobre un canto de la madera de la mesa.

— ¿Qué te ocurre?

El hombre se volvió y entonces la descubrió en el umbral. Había estado tan absorto en su trabajo que no se había percatado de su llegada.

—Hola, Gala —saludó con gesto amargo.

— ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé bien; bueno, sí sé que nos hemos quedado sin androide.

— ¿Averiado?

—Hasta que no sea llevado a un taller de reparaciones profundas, creo que más que averiado podríamos decir que está destruido. Aquí ya no nos es útil; tendré que dejarlo en un cajón para que lo reparen al regreso, si es que se puede.

— ¿Estaba gastado?

—No; tenía unos conductos eléctricos cambiados y se han producido unos cortocircuitos que han abrasado unas cápsulas biónicas.

— ¿No hay repuestos?

—De esa clase no, y por lo visto se han producido unos cortocircuitos secundarios. No sé si has visto el último.

—Sí, he visto un fuerte chispazo.

—Pues ése ha sido el fin.

— ¿Y ahora?

—He de prescindir de él.

— ¿Y eso es grave?

—Mucho.

— ¿No puedes tripular la cosmonave sin él?

—Cuando la tripulación estaba completa, se podía prescindir de la labor incansable de Mister. No puedo olvidar que él no dormía, no comía, no precisaba del ocio ni de la gimnasia. En otras cosas, los entes humanos somos superiores a los androides, pero en la efectividad de un trabajo mecánico y continuado, sin posibilidad de agotamiento físico o psíquico, ellos son superiores a nosotros, hacen la labor de por lo menos dos humanos.

—Nosotras podremos hacer el trabajo que realizaba Mister para poder regresar a la Tierra, si nos preparas un poco.

—Creo que podéis hacerlo, con unas cuantas clases y la ayuda de algún microordenador accesorio que os vaya descifrando claves, pero...

Gala se le acercó. Sobre la mesa seguía Mister, frío, inmóvil, abierto por el pecho y el abdomen.

—Somos científicas, estamos preparadas para ayudar.

—Sí, pero...
— ¿Insistes en el «pero»?
— ¿La doctora Salomé querrá colaborar?
—Claro que sí. Hemos de regresar a la Tierra, ¿no?
—Sí, pero ella no tiene prisa. Puede decir que sí, pero me pedirá que nos esperemos cien períodos de tiempo más para poder desarrollar sus investigaciones sobre la evolución acelerada del planeta Humus-14.
Gala comprendió que él podía tener razón. Permaneció unos instantes dubitativa y luego dijo:
—Trataré de convencerla.
—Me temo que no lo vas a conseguir, tuvimos una discusión.
— ¿Irremediable?
—Puede, depende de como se tome ella las discusiones. El caso es que si yo solo no puedo hacer que la cosmonave regrese porque preciso ayuda, ella, a cambio de vuestra colaboración, puede exigir permanecer más tiempo aquí.
— ¿Y por qué no ceder?
—Estamos en situación de emergencia, hay que volver. Murieron cuatro hombres y ahora hemos perdido al androide. ¿Qué sucederá dentro de unas horas?
— ¿Crees que corremos el peligro de que seamos incapaces de regresar?
—Es una posibilidad. En otros viajes espaciales ha sucedido, la locura de los cosmonautas ha llevado a la pérdida de cosmonaves completas.
— ¿No hay un sistema automático para el regreso?
—Existen unos sistemas automáticos, pero deben ser vigilados y corregidos. Nos enseñaron a no confiar plenamente en ellos.
—Hablaré con la doctora Salome.
Pau, vacilante, dijo:
—Tengo una duda.
— ¿Cuál?
Pau Guaita respiró hondo; al fin dijo:
—El androide no se ha averiado solo.
Ahora la que quedó perpleja fue Gala. Tardó unos segundos en preguntar:

— ¿Quieres decir que alguien lo ha saboteado?

—Eso me temo.

—No es posible. ¿Quién podría querer sabotear a! androide, inutilizándolo?

—Pues... —Volvió a vacilar, se daba cuenta de que iba a decir algo que no iba a sentar bien a la joven.

—Alguien que no quisiera que nos moviéramos de donde estamos.

—Pau... ¿Tratas de decirme que Salomé ha saboteado al androide?

—No voy a hacer ninguna acusación sin tener la certeza absoluta de ello, pero si compruebo que ha sido ella quien ha destruido al androide, la recluiré en un camarote y la dejaré encerrada hasta entregarla a la justicia a nuestro regreso.

—Despacio, Pau, despacio, eso que dices te daría un mando total sobre Miren y sobre mi para exigir nuestra colaboración completa.

—Sí.

— ¿Y no tratarás tú de manipularnos a nosotras?

— ¿Para qué?

—Para utilizarnos como tripulación ruando somos científicos investigadoras.

—Con el androide hubiera bastado para el regreso, pero si me lo han destruido...

—Tengo que meditar todo esto, Pau, la situación es difícil. Tú tienes el deber de hacer regresar la cosmonave cuanto antes a la Tierra y la doctora Salomé te pide sólo un retraso en ese regreso.

—Un retraso excesivo y peligroso.

— ¿Por qué no buscáis un término medio? Os habéis enfrentado, y en una situación difícil como ésta, es lo peor que podía suceder.

—Es que ella no quiere entender que el comandante soy yo, que yo tengo la responsabilidad. De todos modos, iniciaré el regreso, comenzaré la cuenta atrás.

—Y si no te ayudamos, ¿qué pasará?

—Dormiré lo mínimo, utilizaré todos los automatismos. Puedo que me vuelva loco, pero trataré de conseguirlo; no obstante, si vosotras me ayudáis, todo irá mejor, los riesgos disminuirán. Estamos muy lejos de la Tierra y el regreso será largo y difícil. Tenemos que atravesar el océano de polvo galáctico, allí se corre mucho peligro y todas las telecomunicaciones quedan anuladas. El suprarradar deja de

funcionar, hay que disminuir la velocidad y dejar a un lado los automatismos. También es posible que nos veamos atravesando la cola de algún cometa y que alguna roca perfore nuestro fuselaje.

—Está bien, evitaremos la guerra. Hablaré con la doctora Salomé y, la verdad, no puedo creer que el androide haya sido saboteado.

—Hay cables que solos no pueden cambiarse de sitio para provocar cortocircuitos. Cualquier humano puede detener a un androide, abrir una de las compuertas de su cuerpo, cruzar cables y después cerrarlas y volverlo a conectar, lo que significa inevitablemente el cortocircuito interior y el androide queda así inutilizado.

—Hablaré con ella y si te ves en apuros para poder regresar, cuenta con mi colaboración.

— ¿Pese a las órdenes de Salomé?

—Pese a ellas, aunque ponga en peligro mi profesión futura.

—Gracias, Gala. Voy a la sala de control para ver cómo va todo y poner en marcha la cuenta atrás. Dejaré que el ordenador central calcule con exactitud el momento idóneo para la ignición de motores propulsores para ponernos en ruta hacia el planeta Tierra.

Gala fue en busca de la doctora Salomé a la que encontró frente a Miren. Ambas parecían extasiadas mirándose una a otra, como si se hubieran hipnotizado mutuamente.

Gala quedó perpleja unos instantes ante semejante situación, pero Salomé se volvió hacia ella con unos ojos que brillaban de forma desacostumbrada. No parecía la misma de siempre.

— ¿Qué sucede, Gala?

CAPITULO VIII

Gala estaba disgustada, la situación había empeorado.

La doctora Salomé le había respondido de una forma fría, no quería ayudar a que Pau Guaita iniciara el regreso a la Tierra, alejándose de la órbita del planeta Humus-14.

Gala le había exigido que expusiera los motivos y la doctora había insistido en que lo primero era prolongar la investigación sobre la fase última del programa Júpiter-Geo- Sophia.

Dándose cuenta de que no lograría hacerla cambiar de opinión, había optado por abandonar la polémica. Su problema ahora consistía en que había quedado entre la influencia de Pau y la de la propia doctora Salomé.

Tendría que obedecer a uno de los dos, ponerse de su lado y colaborar con sólo uno de ellos y si así lo hacía, el otro la consideraría su enemiga.

Pensó en consultar con Miren, pero ésta se mostraba muy rara.

Sólo acercarse a ella, Gala experimentaba un invencible sentimiento de rechazo que jamás había notado antes. De pronto, Miren se había convertido en una extraña en la que no deseaba confiar.

Deambuló por el interior de la cosmonave hasta detenerse frente a la puerta que daba acceso a la sala de conservación humana. Allí dentro estaban las cápsulas de criogenización.

Tuvo la impresión de que en aquella sala ocurría algo y se acercó a la puerta, que se abrió automáticamente ante ella. Entró despacio en aquella sala aséptica y fría, de tonos azulados. Un panel de pilotos

luminosos se encendían y apagaban, cambiando los colores, era como un aura.

Como si temiera descubrir algo desagradable, se fue aproximando a una de las cápsulas de criogenización. Dentro yacía uno de los tripulantes de la Sepr-82 fallecidos, era Rayman, el que fuera comandante.

Gala observó aquel rostro blanco azulado a causa del frío y de la muerte.

De súbito, inesperadamente, el hombre abrió los ojos y la miró.

Gala, que lo que menos esperaba es que el que creía un muerto se moviera, retrocedió un par de pasos y se alejó corriendo, mas tuvo tiempo de ver como Rayman abría la boca y movía los labios.

Asustada, se metió en el elevador y con él llegó a la sala de control donde Pau Guaita permanecía absorto en su labor, centrada su atención en todos los controles mientras el gran reloj atómico devoraba segundos y minutos en la cuenta atrás.

El plan de abandono de la órbita del planeta Humus-14 se había puesto en marcha y allí ya no estaba el androide Mis ter para ayudarle.

— ¡Pau, Pau!

—Hola, Gala; ¿cómo ha ido?

—Mal, muy mal.

—Comprendo, estaba seguro de que la doctora Salomé no querría colaborar. De todos modos, iniciaremos el regreso. Al final no os va a quedar otro remedio que ayudarme.

—Pau, uno de los cadáveres se ha movido.

—No es posible.

—Sí lo es, Pau —insistió ella, excitada. Lo he visto, ha abierto los ojos, me ha mirado y ha movido los labios.

—Tranquilízate, estás muy nerviosa.

—No estoy loca, lo he visto, lo he visto...

—Eso es imposible. Yo mismo los puse en las cápsulas de criogenización para conservarlos incorruptos. Me aseguré de que todos ellos estaban muertos.

— ¡Pues yo he visto que se movía!

—Vamos, vamos. Es sabido que los cosmonautas, en situaciones de *streas* por largos periodos de tensión y agotamiento sufrimos alucinaciones y si las alucinaciones son colectivas, se corre el riesgo

de llegar a la autodestrucción, que puede ser el fin de una tripulación, de una cosmonave.

—No ha sido una alucinación, le he visto, le he visto.

—De acuerdo, pero primero dime qué te ha respondido la doctora Salomé.

—Ella no quiere marcharse de aquí.

Pau Guaita suspiró antes de responder:

—Estaba seguro de que ésa sería su contestación. Podría encerrarla, sería lo más práctico.

—Debes creerme, Pau, debes creerme.

—De acuerdo, te creo, pero vas a demostrármelo.

Se volvió hacia el panel de mandos, colocó los automáticos y sobre una placa blanca opal puso su mano.

—Así nadie puede tocar los teclados de mando —dijo—. La morfología geométrica de mi mano es la clave para poder quitar los protectores de seguridad. Mientras tanto, el ordenador avanza con la cuenta atrás y ahora, vamos.

Abandonaron la sala de control y utilizando el elevador descendieron hasta el primer nivel. Allí, en la sala de conservación, todo parecía muy quieto.

— ¿Lo ves, Gala? No ocurre nada.

Gala apretó con sus dedos la mano del hombre, lo hizo casi frenéticamente. El terror se había metido en los huesecillos de sus manos.

—No está. Pau, no está.

Pau, incrédulo, miró hacia la cápsula de criogenización, una cápsula con tapa transparente.

—Cierto, no está. Es muy extraño, un cadáver no puede salir por sí mismo y menos de una cápsula de criogenización donde permanece congelado.

—Pues no está.

— ¿Qué broma es ésta? —gruñó Pau Guaita cogiéndola por los brazos, buscando la verdad en el fondo de los ojos femeninos.

—No es ninguna broma, le he visto moverse y ahora ya no está.

—Esto tiene que ser una broma de mal gusto de la doctora Salomé...

— ¿Para qué habría de llevarse ella un cadáver que además pesa?

—Sí, son razones contundentes, no entiendo nada - gruñó Pau, comprobando que los demás cadáveres seguían en sus respectivas cápsulas.

—Sólo falta Rayman.

—Estará en alguna parte, pero lo que sucede no me gusta —gruñó Pau, pidiendo luego a la joven —: Sígueme.

Fue hasta su propio camarote y allí cogió un cinturón en el que colgaba una pistola polivalente.

— ¿Qué piensas hacer?

— ¿No me has dicho que tenemos un cadáver viviente deambulando por la cosmonave?

—Si, pero...

—En la academia de cosmonautas se nos enseñó que en un viaje espacial donde el sentido del tiempo y del espacio podían cambiar, cualquier cosa era factible y había que prepararse para las más extrañas sorpresas. Pues bien, si un cadáver ha vuelto a la vida, yo no sé con qué intenciones lo ha hecho. Están ocurriendo demasiadas cosas extrañas, no me gusta la situación y tú deberías coger un arma también.

— ¿Para dispararla contra quién?

—Lo ignoro, pero hay que estar prevenido.

De súbito se produjeron varios apagones de luz que se solucionaron por sí mismos.

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó Gala.

—Fuertes bajadas de tensión. Vamos a la sala de control.

Corrieron hacia la sala de control y allí descubrieron a la doctora Salomé tendida en el suelo.

— ¿Qué le ha ocurrido?

—No la toques —ordenó Pau.

—Pero ¿qué le habrá pasado?

—Debe haber tratado de forzar los mandos del teclado del control central y yo había dejado la banda electroestática de protección.

— ¿Ha muerto?

—Puede.

—Lo que has hecho era muy peligroso.

—No tanto como crees. Para llegar a la banda mortal había que cruzar otra de prevención que debe haberle advertido con una

sacudida. Además, de la terminal sale una voz que lo advierte. Si ha seguido adelante es que ha hecho caso omiso de todas las advertencias. —Se inclinó sobre Salomé y dijo: Sí, ha muerto, desgraciadamente así ha sido.

—Si se hubiera llegado a un acuerdo, esto no habría ocurrido —se lamentó Gala.

—Es posible, pero ella sabía que no podía tocar los mandos. Ha tratado de amotinarse, de hacerse con el control de la cosmonave, y eso es un delito que le habría costado largos años de pena en una colonia de trabajos.

—Tienes razón. ¿Por qué lo haría?

—No lo sé. Desde que regresó de la exploración sobre el planeta Humus-14 estaba muy extraña.

—En eso tienes razón.

—La llevaré a una cápsula de criogenización para conservar su cadáver y entregarlo a las autoridades, si es que en alguna ocasión conseguimos regresar,

— ¿Y el cadáver de Rayman?

—Estará escondido por ahí, ya lo encontraré y lo devolveré a su lugar. Hasta que no lo vea con mis propios ojos, no creeré que un muerto vuelve a revivir.

Tomó el cadáver de Salomé entre sus brazos y abandonó la sala de control seguido de Gala, que miraba a su alrededor con auténtica inquietud.

CAPITULO IX

—Bitácora de vuelo... Siguen produciéndose hechos muy extraños. El cadáver del comandante Rayman ha desaparecido de la cápsula de criogenización y no lo he encontrado por parte alguna. La doctora Salomé ha muerto al intentar forzar la banda protectora del teclado del control de mandos. En el ambiente existe una tensión extraña, difícil de describir. Quizá esté viviendo una alucinación, pero no lo creo, me siento perfectamente lúcido. Estoy al mando de la cosmonave en solitario, el androide Mister se halla averiado, creo que ha sido un sabotaje y ahora no puedo contar con él como ayudante. Los científicos Gala y Miren siguen bien. Les pediré que abandonen su trabajo habitual y traten de ayudarme a hacer regresar la cosmonave Serp-82 al planeta Tierra. Soy Pau Guaita, comandante en funciones. Período mil veintitrés, hora siete, minuto cuatro.

Dejó el mensaje grabado en la caja amarilla.

Gala se dedicó a buscar a Miren; no la encontró en el laboratorio de trabajo ni en su camarote.

Avanzó por los corredores desiertos. Cuando llegó frente a la puerta que daba acceso a la sala de conservación, dudó pero optó por no entrar en ella. Un frío intenso recorrió su espinazo, pasó de largo y descendió al hangar por si Miren se hallaba en la lanzadera.

Observó que las luces que había sobre la puerta estaban encendidas en verde, lo que indicaba que la presión atmosférica dentro del hangar era la correcta.

Si se estaba en el hangar y se abrían las compuertas sin pasar el aire a los tanques, la succión serla tan brutal que se llevaría al espacio a todos los que pudieran estar allí, corno sorbidos por la boca de una gigantesca aspiradora.

— ¡Miren, Miren!

Llamó a su compañera en varios tonos sin obtener respuesta cuando tuvo la impresión de que algo más frío que el propio aire estaba a su espalda, cerca de ella.

Se volvió de golpe y descubrió a Rayman.

Ahogó un grito y retrocedió cuando el cadáver viviente tendía sus manos hacia ella.

Gala logró escabullirse.

El cadáver viviente avanzaba lenta y pesadamente, como si todas sus articulaciones siguieran congeladas a causa de la criogenización. Sin embargo, sus dedos estuvieron a punto en varias ocasiones de atrapar a la muchacha que gracias a la elasticidad de sus músculos logró zafarse.

Llegaba ya a la puerta cuando descubrió a un ser extraño, algo con muchas patas tentaculares que avanzaba rápidamente hacia ella tratando de alcanzarla.

Tenía una altura no superior al metro, pero podía pesar unos ochenta kilos. Era una nauseabunda mezcla de lo que en la Tierra hubiera podido ser un cefalópodo y una araña gigante.

Gala chilló de terror al tiempo que salía del hangar y conseguía cerrar la compuerta. Sin dudarlo, dio un puñetazo al botón de cierre de seguridad, un cierre que se utilizaba sólo para crear compartimentos estancos y evitar una catástrofe por diferencia de presión del aire.

Escuchó los golpes contra la puerta metálica, una puerta que no se abría. Gala corrió hacia el elevador. Llegó a la sala de control y la halló vacía.

La enorme ventana panorámica dejaba ver las estrellas y el planeta Humus-14 que se hallaba en plena actividad radio termoeléctrica, lo que habría de favorecer la creación de seres vivos.

— ¡Pau, Pau!

Pau no estaba en la sala de control donde funcionaba automáticamente.

La sensación de soledad y desamparo fue brutal para Gala en aquellos momentos. El miedo estaba ya dentro de ella como jamás había pensado que pudiera sentirlo, pero aquello era el espacio, el cosmos desconocido, la proximidad de un planeta del que sólo conocían datos físicos...

— ¡Pau, Pau!

Fue a teclear en la terminal del comandante, pero notó una corriente por sus manos y se encendieron unas luces rojas al tiempo que una voz femenina advertía:

NO SIGA ADELANTE. BANDA DE PROTECCION ELECTROESTATICA. ES PELIGROSO.

Recordó de inmediato lo que ocurriera a la doctora Salome y retrocedió.

Pau Guaita había dejado protegido aquel cuadro de mandos desde el que podía controlar toda la cosmonave.

Fue a las terminales que se hallaban en otro de los panelea y allí tecleó. Las pantallas que tenía delante, en número de veinte, se fueron encendiendo.

En ellas podía ver distintas dependencias de la cosmonave, y en la que correspondía al hangar, pudo ver el cadáver viviente de Rayman, aquel ser que había sido humano y que ahora parecía distinto, totalmente distinto, un ser helado y torpe, maligno, sin sangre circulando por sus venas, un ser que transpiraba frío y tenía el color blanco azulado de la muerte.

Lo centró en pantalla y el zum automático comenzó a funcionar. Fue tomando un primer plano, hasta que el rostro ocupó toda la pantalla. Los ojos vidriosos parecían mirarla a ella como si la tuviera delante.

— ¡Nooo! —gritó Gala, y salió corriendo de la sala de control.

Tropezando, recorrió un pasillo. Al doblar hacia otro, se encontró con algo que la aprisionaba mientras las luces y paredes semejaban bailar a su alrededor.

Gritó, gritó hasta que pareció que su garganta iba a quebrarse.

—Calma, tranquilízate, soy yo.

Gala, sin aliento, lo miró, reconociendo al hombre.

— ¡Pau!

Sintiéndose en los brazos masculinos, comenzó a sollozar convulsivamente y apoyó su rostro humedecido por las lágrimas sobre el pecho de él.

— ¿Qué ha ocurrido?

— ¡El cadáver de Rayman está en el hangar!

— ¡En el hangar, seguro!

—Sí, ha estado a punto de cogerme y había otro monstruo, algo desconocido con tentáculos. Tengo miedo, tengo miedo...

—Ven, vamos a la sala de control.

—De allí vengo, Pau, lo he visto en la pantalla.

— ¿A Rayman?

—Sí. Me miraba como si me estuviera viendo directamente. Es maligno, maligno.

—No te separes de mí.

Cuando llegaron a la sala de control, permanecían abiertas las pantallas que gracias a los objetivos de las telecámaras, estratégicamente distribuidos, permitían ver la mayoría de las dependencias de la cosmonave.

La mirada de Pau Guaita paseó por las pantallas hasta detenerse en la que correspondía al hangar. Allí podía ver la lanzadera de las mujeres científicos y otra lanzadera más pequeña que pertenecía a la dotación de la propia Serp-82.

—No está —dijo Gala en tono muy débil.

—No se ve nada. Podrían estar dentro de la lanzadera, pero la puerta está abierta...

—Pau, yo he cerrado la puerta del hangar, la he cerrado con el cierre de seguridad.

— ¿Estás segura? —insistió Pau, moviendo el objetivo de la telecámara por control remoto para centrar mejor en pantalla la puerta a través de la cual se pasaba del hangar al resto de la cosmonave.

—Sí, estoy segura.

La puerta se hallaba completamente abierta. Pau volvió sus ojos hacia la muchacha para .decirle:

—Si estaba en el hangar, ahora debe estar en otra parte de la cosmonave.

—Pau, corremos peligro y Miren también. Te juro que no ha sido una alucinación, había un extraño monstruo con tentáculos al que no había visto nunca.

—Es extraño, esa clase de monstruos no los teníamos a bordo, claro que...

— ¿Qué? —preguntó ella, esperando que él le diera alguna respuesta para lo ocurrido.

—La lanzadera estuvo abajo en el planeta Humus-14.

— ¿Crees que ese monstruo tentacular que he visto pudo venir en la lanzadera?

—Es una posibilidad. Después de conquistar varios planetas orgánicamente vivos hemos descubierto que hay seres que viven como aletargados pero que cuando encuentran condiciones idóneas para su desarrollo pueden crecer o multiplicar se rápidamente.

—Siempre a costa de algo o de alguien.

—Si, vamos. Tienes que llevar una pistola encima. Pondré un control de seguridad a la puerta de esta sala de control y por fuera de aquí iremos juntos. Será mejor que no vuelva a dejarte sola.

— ¿Crees que pueden haber más monstruos dentro de la cosmonave?

—No lo sé. Gala, habrá que comprobarlo. Por de pronto, tenemos que adoptar medidas de defensa, tal como se especifica en las ordenanzas. Iremos sellando compuertas electromagnéticamente y de esta forma veremos por donde andan.

—Pau, la doctora ha muerto y Miren no sé dónde está. ¿Crees que nosotros nos salvaremos?

La cogió por los hombros y la besó en los labios con suavidad. Después, afectuoso pero tajante, le dijo:

—Para sobrevivir hay que vencer y para vencer, hay que tener la convicción del triunfo. Si hay enemigos en esta cosmonave, nos desharemos de ellos No te des por vencida. Aunque caigas y te sientas atrapada, sigue luchando, aunque la lucha consista simplemente en seguir viviendo. Sólo la muerte nos vencerá. A partir de ahora, lo desconocido, lo antinatural, puede ser lo normal. Mentalízate, Gala, el terror no ha de existir para nosotros. Veas lo que veas, no te dejes aterrorizar.

—Ayúdame, no sé si podré resistirlo.

—Lo resistirás. Los conceptos han cambiado, ya no estamos solos, perdidos en el espacio. Los muertos viven y no dejan de ser muertos. Aparecen monstruos que nos acosan y quienes han sido nuestros amigos y colaboradores pueden ser nuestros enemigos mortales. Si vez que yo cambio, que no soy el mismo de ahora, si vez que junto a mí corres un peli gro, mátame.

— ¡Pau!

—Sí, mátame, porque ya no seré yo si no otra cosa, otro ser. Habré

perdido mi propia identidad.

CAPITULO X

Ambos vestían ya las casacas moradas de protección. Eran casacas con refuerzos que podían soportar golpes contundentes en punto vitales del cuerpo humano.

También podían absorber impactos de piedras o metales lanzados por armas de fuego y pequeñas descargas de ultrasonidos, láser y electroestáticas.

Se habían calzado las botas de caña con rodilleras de protección y cubierto sus cabezas con los cascos de combate que a la vez llevaban telecomunicadores de emergencia.

Aquel traje de defensa en combate, pese a sus grandes prestaciones de protección, resultaba muy liviano e incluso negaba a favorecer físicamente.

— ¿Sabes usar esto? —le preguntó Pau Guaita, mostrando un subfusil polivalente que podía disparar supraultrasonidos y rayos incinerantes.

—Sí, pero...

—Voy a poner la potencia al treinta por ciento, por si te equivocas y no le das a un enemigo y sí a una pared. Corremos el riesgo de perforar la cosmonave con estas armas.

—Apuntaré bien.

—De acuerdo. Ahora, en la muñequera alargada, oprime el botón amarillo.

Gala mostró su antebrazo que quedaba cubierto en parte por una alargada muñequera de malla metálica a la que se hallaba adherido un

polisensor. Pulsó el botón amarillo y después miró a Pau.

—Antes de que se acerque alguien a ti, lo detectarás porque este aparato te lo advertirá con un zumbido. Cuanto más fuerte suene, más cerca de ti estará el ser extraño.

— ¿Detectará cualquier cosa?

—Cualquier ser orgánico e incluso androides. Una variación de temperatura, el sonido de un corazón, el ruido y la presión de unas pisadas en el suelo.

— ¿Y por qué no me advierte de tu presencia?

—Porque todos mis datos físico-biológicos ya están en la memoria del microprocesador. En realidad, tiene que hacer una selección de datos. Ni tu detector te advertirá de mi presencia ni mi detector me advertirá de la tuya.

— ¿Y de Miren?

—Miren es otra cosa.

—Ya no puedo confiar en ella hasta que la vea.

— ¿Quieres decir que ha sufrido una transformación?

—Sólo puedo decirte algo que ocurrió y a lo que no di importancia en su momento.

— ¿Y qué ocurrió?

—Fue Mister.

— ¿El androide?

—Sí. Mister me advirtió que Miren no tenia la temperatura normal en un humano terrícola. Captó varias cosas de ella que no correspondían a un ser como nosotros. Yo creí que se trataba de un error suyo y no le preste demasiada atención porque estaba preocupado por otros problemas, pero Mister jamás se equivocaba. El detectó que Miren ya no era como nosotros, me lo advirtió y no le hice caso. Luego, descubrí al androide saboteado.

— ¿Piensas que fue ella?

—Es muy posible. Si él había detectado algo extraño, lo lógico es que lo destruyeran para que no me advirtiera a mí. Lo que es cierto es que el androide no sufrió una avería fortuita, los cables fueron cambiados adrede para sabotearlo.

— ¿Me estás diciendo que si aparece Miren dispare contra ella?

—Si ves a Miren, dispara con el ultrasonido a la potencia mínima. Fíjate en esta graduación que el subfusil polivalente tiene a la derecha,

le das la vuelta y la dejas al mínimo.

— ¿Qué ocurrirá si le disparo así?

—Sufrirá un *shock* y quedará paralizada.

— ¿Durante cuánto tiempo?

—Depende de su capacidad de recuperación; puede ser una hora, y luego viene una recuperación lenta que suele durar entre dos y cuatro horas. El sistema nervioso tarda en recuperarse, es como si las dendritas quedaran desconectadas y después buscaran sus conexiones con lentitud, pero se recuperan.

—Si es así, no tendré miedo de disparar contra Miren. Hemos sido compañeras y...

—No temas, no la matarás, pero sí la paralizarás y si eso llega a ocurrir, avísame de inmediato.

— ¿Es que vas a dejarme sola?

—No, no voy a dejarte sola, pero habrá algunos momentos en que quizá sea necesario. Piensa que también hemos de dormir. Cuando uno duerma, el otro se mantendrá vigilante. Ahora estamos bien, pero el viaje será largo y la fatiga será nuestra principal enemiga.

—Yo resistiré todo lo que haga falta. No podría dormir pensando que...

—Eso es lo que dices ahora, Gala; pero el tiempo pasa y nuestros cerebros exigen dormir, moriríamos si no lo hiciéramos. Por suerte, somos dos y podemos hacer turnos de vigilancia. Lo mejor será habituarnos a dormir en periodos de cuatro horas, separadas dentro de las veinticuatro.

—Lo que tú digas.

Con la colaboración de bandas electroestáticas habían conseguido que nadie, absolutamente nadie, pudiera filtrarse en la sala de control desde la que se podía dominar toda la Serp-82, incluyendo la observación a través de los objetivos de las telecámaras distribuidas por toda la cosmonave. A través de las pantallas podían ver hasta el último rincón de la cosmonave sin necesidad de salir de la sala de control.

—Aquí podemos estar seguros —dijo Pau Guaita a Gala—. Los sillones son anatómicamente perfectos, descansaremos en ellos haciéndolos extensibles. De este modo, mientras durmamos, no será preciso salir de aquí.

—Eso me parece seguro —admitió ella. Después inquirió: ¿Cuándo abandonaremos la órbita del planeta?

—Dentro de muy poco. Mira el reloj de la cuenta atrás.

—Faltan cinco minutos y veinte segundos.

—Exacto. Ven, siéntate aquí, donde solía hacerlo el androide. Vigilarás el suprarradar y la banda completa de telecomunicaciones.

—Espero hacerlo bien.

—Seguro. Escúchame...

Le dio unas explicaciones someras respecto a cómo funcionaban los distintos controles. Gala, como científica qué era, estaba preparada para absorber cualquier información en un mínimo plazo de tiempo, y no tardó en comprender y asimilar las explicaciones.

Los minutos habían dejado paso a los últimos segundos y los motores se hallaban listos para la ignición.

Pau Guaita se instaló en su butaca de mando y fue moviendo resortes y clavijas, hundiendo botones, moviendo interruptores.

Los grandes cuadros con luces de colores funcionaron con actividad, todo estaba dispuesto.

—Siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... cero... ¡Fuego!

Hundió el botón de puesta en marcha de motores. La computadora central había marcado ya la ruta que debía seguir la cosmonave Serp-82 para escapar de la órbita del planeta Humus-14.

Pau Guaita se quedó quieto, como paralizado, esperando la vibración de la cosmonave, el levísimo zumbido de los motores. Nada sucedió, todo continuaba igual.

— ¿Qué sucede, Pau?

Antes de contestar, Pau Guaita volvió a hundir con fuerza el botón de ignición de motores: Tampoco hubo respuesta. De inmediato, tecleó al ordenador central para que le informara sobre lo ocurrido, una respuesta que apareció escrita en pantalla:

LOS RELES XM-10 QUE UNEN EL CENTRO DE CONTROL CON EL ENCENDIDO DE MOTORES ESTAN DESCONECTADOS.

Pau Guaita apretó las mandíbulas con fuerza. Borró la respuesta del ordenador y volvió a preguntar para confirmar que la respuesta era cierta. La respuesta en el terminal volvió a ser la misma.

— ¿Qué ocurre, Pau?

—Han vuelto a sabotearnos.

— ¿Cómo?

—Han desconectado unos relés; no sé cómo lo han conseguido, pero lo han hecho. Quizá han interpuesto una materia anticonductora para evitar la transmisión y subida potencial.

— ¿Y eso es grave?

—Si no consigo desbloquear esos relés, sí será grave por que la cosmonave no podrá partir jamás de donde está. Quedará en órbita de este planeta hasta que llegue otra a salvarla.

— ¿Quieres decir que no nos podremos mover de aquí?

—Lo que quiero decir es que hay que desbloquear esos relés cueste lo que cueste. Luego pondremos de nuevo en marcha la cuenta atrás, porque ahora ya no nos hallamos en las coordenadas idóneas para escapar de aquí.

Gala, desanimada, objetó:

—Aunque soluciones el problema de los relés, sea quien sea el saboteador, pues ya no entiendo nada y no sé si estamos viviendo una pesadilla, volverán a sabotearnos la cosmonave para impedirnos partir.

—Lo que dices es cierto y para evitarlo hay una solución.

— ¿Cuál?

—Encontrar a los saboteadores y eliminarlos. Después volveremos a poner la cosmonave a punto y partiremos.

— ¿Crees que podremos eliminarlos?

—Por lo menos, hemos de intentarlo. Lo que has dicho es cierto; si nos quedamos aquí, no conseguiremos poner la cosmonave en marcha. Solucionaremos el problema de los relés, pero luego pueden estropear cualquier otra conducción, incluso causar una avería más grave, una avería que ya no tenga remedio. Será mejor hacerles creer que estamos imposibilitados para movernos y así no seguirán saboteando la cosmonave y, mientras, los buscaremos. Vamos a registrar la cosmonave palmo a palmo.

—Pero ¿quiénes son? ¿Por qué un cadáver se mueve, por qué Miren parece otro ser distinto al que era?

—Lo ignoro, no tengo explicación para estos fenómenos, pero sí me prepararon para enfrentarme a lo más alucinante. En el espacio, cualquier cosa puede ocurrir, ya te lo dije, y tú, en Biología, lo sabrás mejor que yo. En el espacio, las mutaciones cromosómicas elevan sus

posibilidades en un mil por uno. Una hormiga de medio centímetro puede convertir se en una hormiga de cinco metros si sufre una mutación cromosómica o simplemente de su glándula de crecimiento; claro está, mientras encuentre que poder comer. También sabrás que un cuerpo orgánico muerto puede quedar invadido totalmente por bacterias o micélidos y moverse, pero ha dejado de ser un cuerpo para convertirse en una colonia, en una macrocolonia, bacteriana o de hongos.

—Sí, es cierto. Incluso, si una energía autónoma se apodera de un cuerpo muerto, puede moverlo como si estuviera vivo.

— ¿Crees que es lo que ha sucedido a Rayman?

—No lo sé confesó Gala—. Habría que encontrarlo y analizarlo.

—Me temo que no se va a dejar. Cuando lo veas, dispara. Nuestra situación es muy difícil y no podemos dejar ningún cabo suelto. Estoy convencido de que unas inteligencias extrañas están acosándonos. Han conseguido introducirse en la cosmonave, no sé quiénes son, pero nos atacan, nos sabotean. Quizá su próximo paso sea exterminarnos a nosotros y de esta forma se apoderarán de la cosmonave, pero no lo van a conseguir.

— ¿Cómo vas a impedirlo? quiso saber Gala.

—Colocando el dispositivo de autodestrucción de la cosmonave.

— ¿Autodestrucción?

—Sí. Sé que corremos un gran riesgo, pero si nos matan, no conseguirán apoderarse de la cosmonave, que se autodestruirá con ellos dentro.

—Pau, ¿crees que lo conseguiremos?

—De lo que sí estoy seguro es de que si no lo intentamos, no lo lograremos. Se trata de ellos o nosotros.

Con las armas dispuestas para disparar, abandonaron la sala de control. Había que limpiar la cosmonave de invasores.

CAPITULO XI

Comenzaron a escudriñar la cosmonave, corredor por corredor, camarote por camarote. Cualquier sala, estancia o armario era revisado cuidadosamente para no descuidarse nada donde pudiera haber algo o alguien escondido que luego pudiera quedar a sus espaldas.

—Hemos revisado el cuarto nivel —dijo Pau Guaita, que con su diestra asía el subfusil polivalente—. Esta inspección la hemos de llevar adelante de forma muy rigurosa.

—Tú dirás —respondió Gala.

—Para descender al siguiente nivel puede hacerse por el elevador o por la rampa de caracol. Si descendemos por el elevador, aunque el tiempo sea muy corto, alguien o algo puede subir por la rampa de caracol y esconderse aquí arriba mientras nosotros revisamos el tercer nivel y si descendemos por la rampa de caracol, puede subir por el elevador.

—Entonces, que uno vaya por el elevador y el otro por la rampa.

—Exacto. Tú vas a descender por el elevador y esperarás junto al mismo. Yo bajaré por la rampa de caracol, así no se colocarán detrás nuestro.

—De acuerdo.

—Adelante y no vaciles en utilizar el arma.

Gala descendió por el elevador al nivel siguiente, que era el tercero. Abandonó la plataforma y miró a un lado y a otro. Entonces habló por el intercomunicador que llevaba en los cascos.

Pau avanzó hacia la rampa de caracol. De esta forma cortaba el paso a cualquiera que pretendiese pasar de un nivel inferior a otro superior. El plan era ir descendiendo por el interior de la cosmonave hasta llegar al hangar.

El detector advirtió a Gala que alguien se acercaba por su espalda. Se volvió rápidamente y al primer golpe de vista descubrió una figura femenina.

— ¡Miren!

La mujer siguió avanzando hacia ella. Su rostro era espantoso, un rictus horrible lo desfiguraba.

— ¡Doctora Salomé!

Disparó su arma contra ella. El chorro de supraultrasonido dio en el cuerpo de la mujer que se había transformado en otro cadáver viviente que avanzaba hacia ella y que cayó de espaldas.

Venciendo su temor, Gala se acercó al cuerpo abatido por el supraultrasonido.

Cuando llegó junto a la derribada doctora Salomé, ésta se dobló sobre sí misma sentándose en el suelo y cogiendo con sus manos una de las piernas de Gala.

Esta, pese a la protección de la caña de la bota, tuvo la impresión de que no eran manos las que oprimían su pierna sino tenazas.

— ¡Pau!

Pau acababa de aparecer en el corredor. Apuntó con su arma y disparó, dando de lleno en la cabeza de la doctora Salomé.

La cabeza se inflamó con una luz vivísima, se carbonizó pero no soltó la pierna de Gala.

El cosmonauta llegó corriendo junto a ella y con el dardo incinerante de su subfusil polivalente cortó los brazos del cadáver viviente y quemó el resto del cuerpo hasta reducirlo a cenizas, pero las manos, las muñecas y parte del antebrazo seguían aprisionando la pierna de Gala.

A culatazos, Pau Guaita consiguió desprender de la pierna de Gala aquellas manos que actuaban con independencia, como si tuvieran vida propia.

Caídas en el suelo, seguían moviendo los dedos macabramente mientras Gala se apartaba horrorizada y sollozante, apoyando su espalda contra la pared.

Pau disparó contra las manos que se agitaban solas hasta reducirlas también a cenizas.

Es horrible, Pau, horrible.

—No temas, ya no volverá a hacer nada. —Miró la pierna de la joven y descubrió huellas en la caña de la bota protectora.

El poder de aquellos dedos opresores había sido muy superior al que podían desarrollar unos dedos humanos por muy fuerte que fuera su poseedor.

— ¡Pau!

Ante aquel grito desgarrado, el hombre se revolvió y por el corredor vio avanzar hacia ellos, velozmente, a aquella especie de cefalópodo y araña, o monstruo artrópodo con tentáculos. Parecía un contrasentido, pero era muy difícil describirlo.

Pau Guaita disparó sobre aquel animal monstruoso que parecía carecer de toda inteligencia y que evidentemente buscaba a una presa para alimentarse, y caer entre aquellas seis patas debía ser una muerte segura.

El rayo incinerante le alcanzó de lleno, frenando su carrera.

Se inflamó, ennegreció después y al final, en medio de una humareda, se convirtió en cenizas malolientes.

—No son invulnerables, como ves, hemos destruido a dos.

—Pau, lo del monstruo, aún siendo difícil de aceptar, lo entiendo;

se ha infiltrado en nuestra cosmonave, no sé cómo ni venido de dónde, pero la doctora Salomé, ella, ella estaba muerta, muerta.

—Tranquilízate, ya hemos hablado de eso, se pueden utilizar cadáveres. Vamos, hay que ir aprisa al primer nivel.

— ¿Al primer nivel?

—Sí, a la sala de conservación; la doctora Salomé ha escapado de allí.

— ¿Quieres decir que los demás también son un peligro?

—Lo más seguro, y si hay cadáveres a bordo de la cosmonave, después de lo que hemos visto, es mejor desembarazarse de ellos. Hay que darse prisa, no sé si nos han invadido unos pocos seres o muchos, o si son pocos y tienen la capacidad de multiplicarse. Hemos de limpiar la cosmonave hasta que como seres orgánicamente vivos sólo quedemos tú y yo.

Se introdujeron en el elevador para descender al nivel uno.

Corrieron hacia la sala de conservación, una sala que inspiraba rechazo.

La luz fría y azulada lo iluminaba todo. Allí estaban las cápsulas de criogenización, pero vacías.

— ¡No están! —exclamó Pau Guaita pasando de una cápsula a otra.

—Ahora están todos por la cosmonave.

—Eso es, todos libres y son cuatro, contando a Rayman.

— ¿Cuatro? ¿Y si hay más monstruos como el que has matado?

—Puede ser y pienso que no tardaremos en saberlo.

— ¿Qué crees que quieren conseguir?

—Apoderarse de la cosmonave.

— ¿Para qué?

—Lo ignoro, pero si hubieran deseado nuestra total destrucción, lo habrían conseguido ya. —Consultó su reloj y dijo—: Tenemos tiempo.

— ¿Para qué?

—Iremos al hangar, luego regresaremos a la sala de control. No podemos olvidar que está desconectado el sistema de autodestrucción que hemos de detener y volver a poner en marcha.

—Tienes razón.

Salieron de la sala de conservación y descendieron por la rampa de caracol. Sin tropezarse con nada ni nadie llegaron ante la puerta que daba acceso al hangar, una puerta que permanecía abierta. Era como

una trampa dispuesta a dispararse, una trampa que podía atraparles.

CAPITULO XII

—Tengo que inspeccionar el hangar y las lanzaderas, pero no podemos dejar la puerta. Quédate aquí y vigila. No deben sorprendernos, nos pueden cerrar una compuerta c impedirnos la salida. Si quedamos en el hangar y nos abren las compuertas exteriores, moriríamos.

—No tengas miedo, Pau, no desfalleceré. Creo que mi capacidad de sorpresa ha quedado saturada y si se acerca alguien, dispararé.

—Aumenta la potencia de los ultrasonidos. Ya has visto que la graduación mínima no les hace nada.

Gala asintió con la cabeza y movió el graduador.

Pau Guaita avanzó hasta la lanzadera más pequeña que pertenecía a la propia cosmonave. Abrió la portezuela y se internó en ella sin descubrir nada anormal. La revisó concienzudamente y luego pasó a la otra lanzadera.

Se internó en ella, avanzando entre los asientos.

Al fondo, donde estaba la plataforma para equipajes, descubrió algo desconocido. Eran corno nueces gigantes, esporas, vainas o una mezcla de lodo ello.

Las había partidas como si fueran nueces, abiertas y vaciadas, y otras enteras. El olor era fuerte y nauseabundo.

Quedó perplejo ante aquello que desconocía.

Alargó la bota y empujó una de las que estaban enteras. Esta,

después de balancearse por su forma, comenzó a rajarse. Instintivamente, Pau retrocedió dos pasos apuntando a aquella cosa con su arma.

Sus ojos estaban atentos. Todos sus músculos se habían tensado y sus nervios se hallaban prestos a intervenir.

La cáscara se partió en dos y apareció aquella cosa monstruosa con seis patas que en ocasiones parecían articuladas y en otras no. Aquella bestia marrón oscura que recordaba a una araña gigante, avanzó sus patas hacia Pau. Este no dudó en disparar su rayo incinerante, dándole de lleno.

El monstruoso ser se inflamó para luego carbonizarse y convertirse en cenizas.

En medio de una densa humareda, Pau Guaita siguió disparando para incinerar todas las cápsulas. Asomaron nuevas patas que eran carbonizadas antes de nacer.

El fuego se propagó por el interior de la lanzadera, consumiéndola rápidamente.

Pau Guaita salió de ella y la cerró, dejando el fuego dentro. Corrió hacia la puerta del hangar.

— ¡Hay que conectar el extintor de incendios automático!

— ¿Qué ha pasado?

—Ya te lo contaré.

Puso en marcha el dispositivo contra incendios, y los gases extintores brotaron por las bocas móviles estratégicamente situadas. Una célula guiaba aquellas bocas para disparar los gases apagafuegos en la dirección justa en que se encontraba el fuego.

Cerró la puerta y apremió:

— ¡Vámonos de aquí!

Subieron por el elevador hasta el cuarto nivel, nadie apareció en su camino. Se internaron en la sala de control y se aislaron cerrando la puerta.

Pau Guaita corrió a colocar la palma de su mano sobre la pantalla blanca para desconectar las bandas de protección, renovando el sistema de autodestrucción.

El reloj se puso a cero y comenzó a contar de nuevo.

— ¿Qué es lo que ha pasado?

Pau Guaita enfocó el hangar en una de las pantallas.

—Los extintores ya han dejado de funcionar, el fuego está apagado. Supongo que ahora se estará efectuando la renovación del aire.

— ¿Crees que la lanzadera habrá quedado deteriorada?

—Sólo se habrá deteriorado por dentro, el fuselaje no ha sufrido daños. De todos modos, habrá que examinarla de cerca.

Gala se acercó al panel que tenía a su cargo, observando que había un piloto encendido.

—Pau, telecomunicación.

Pau abrió la telecomunicación con la esperanza de que apareciera la imagen del comandante de alguna cosmonave terrícola.

La pantalla se iluminó después de varias interferencias, posiblemente debidas a la proximidad del planeta Humus-14 con la gran actividad que tenia, puesto que los rayos no terminaban y tampoco las tempestades y seísmos.

La imagen de aquel ser que sólo tenia un gran ojo con dos pupilas móviles apareció ante él.

—Terrícola, volvemos a comunicarnos.

—Vaya, vuelvo a verte.

—Todo el tiempo hemos permanecido con nuestras cosmonaves en el lado opuesto del planeta Humus-14, por eso no nos habéis detectado.

— ¿Quieres decir que estabais escondidos?

—Hemos preferido no molestaros.

— ¿Y ahora qué queréis?

—Somos tres cosmonaves, comandante terrícola, ya lo sabes.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Tenéis que recibirnos.

—Lo siento, no estamos de humor para embajadas.

—Estáis en problemas, lo sé.

Pau Guaita, sin apartar la vista de aquel ser que le repugnaba, un ser que hablaba muy despacio y con voz cavernosa, inquirió:

— ¿Ah, sí?

—Tenemos a hermanos nuestros en tu cosmonave.

—No lo creo.

—Puedes creerlo. También hay seres vivos no inteligentes hijos del planeta Humus-14.

— ¿Te refieres a esas cápsulas gigantes que transportaban

monstruos de seis patas que parecen arácnidos y cefalópodos?

—Veo que ya los habéis descubierto.

—Si, y también los hemos reducido a cenizas.

Pau Guaita había hablado con contundencia y esperaba la reacción de aquel ser de Tiwo, un planeta desconocido para los terrícola.

La galaxia era inmensa y podían existir multitud de planetas en los que se hubieran desarrollado seres como aquéllos; pero aquel individuo no parecía demostrar nada con su actitud.

—Dentro de la cosmonave Serp-82 tenemos hermanos nuestros —insistió.

Pau Guaita respondió con aplomo.

—Qué raro, no los he visto.

—Pues están y será mejor que os rindáis.

— ¿Rendirnos? Me dijiste que erais superiores a nosotros y yo no lo creo. Es mejor que no entablemos un combate. Si fueras un terrícolas, te diría que estás loco —le replicó, tuteándole con un desdén que no estaba muy seguro su interlocutor fuera capaz de captar.

—No queremos destruiros.

— ¿Ah, no, qué queréis entonces? ¿Convertirnos en vuestros prisioneros y apoderaros de la cosmonave?

—Exactamente.

—A nosotros no nos interesa.

Entonces, seréis capturados.

—Eso no te lo crees ni tú. Por cierto, ¿de veras esos seres tan desagradables con que nos habéis obsequiado pertenecían al planeta Humus-14?

—Si.

—Si era un planeta muerto...

—Vosotros habéis fundido los hielos. Este planeta tuvo vida hace millones de ciclos que vosotros llamáis anos —prosiguió, hablando siempre lentamente—. Estos seres sobrevivieron capsulados en el fondo de los océanos helados y ahora, al subir a la superficie, han vuelto a la vida, pero ya no encuentran lo que habla cuando ellos se paseaban por la superficie de su planeta. Antes, debieron tener con qué alimentarse, pero el planeta fue barrido de todo vestigio vegetal o animal durante millones de años. Ahora, ellos no encontrarán qué comer y se atacarán unos a otros hasta extinguirse. Vuestro plan de

que la vida se genere mediante una fuerte actividad radio termoeléctrica es a largo plazo, demasiado largo para la vida de estos seres.

—Si desaparecen, nada se pierde. No creo que fuera una especie animal muy útil sobre la superficie de Humus-14, pero es interesante haber conocido ese detalle. Por ahora, nuestro trabajo ha terminado en este planeta.

—Entrégate.

—No. Nos marcharemos pronto de aquí, será mejor para vosotros que no nos ataquéis porque me vería obligado a destruiros.

—Tu cosmonave no es de guerra, carece de armamento adecuado para destruirnos. En cambio, nosotros sí tenemos armas y además sabemos que sólo sois dos terrícolas a bordo de la cosmonave.

— ¿Ah, sí, y quién os ha informado?

—Una de vuestras hembras. Lo sabemos todo, es más sensato que os entreguéis y vuestras vidas serán respetadas.

—Si atacáis, os llevaréis una sorpresa porque sí tengo armas. Las hembras lo ignoraban porque ellas no eran tripulantes de esta cosmonave y vuestro intento para infiltraros mediante la lanzadera ha fracasado, de modo que no tenemos más que decirnos. Si os acercáis, os destruiremos.

Antes de que el ser de Tiwo pudiera añadir algo, Pau Guaita cortó la telecomunicación.

— ¿Qué crees que harán? —inquinó Gala.

—No lo sé, no lo sé.

—Ellos lo saben todo de nosotros.

—Todo, no.

— ¿Estás seguro?

—Sí. Tengo la impresión de que si en nuestra cosmonave hay seres tiwo efectivamente, éstos no pueden comunicarse con los de afuera para explicarles lo que ocurre.

— ¿Cómo lo sabes?

—Si hubiera telecomunicación entre ellos, ya conocerían lo sucedido. También es posible que no hayan tenido telecomunicación debido a que el planeta Humus-14, con su fuerte actividad radiotermoeléctrica, la ha impedido. Quizá ahora, si se acercan, sí puedan comunicarse entre ellos y si eso ocurre, lo captaremos.

— ¿Cómo?

—En el panel que tienes de mando.

—Si hablan un idioma extraño, no lo entenderemos.

—En ese momento, colocaremos una campana magnética que hará imposible enviar una telecomunicación. Si ellos no se pueden telecomunicar, no podrán contarles cuáles son nuestros puntos débiles.

— ¿Y si nos atacan?

—Nos defenderemos, pero creo que son una patrulla espacial que está utilizando toda clase de medios para capturarnos a nosotros y a la cosmonave para llevarnos a su planeta, a su civilización. Allí, seriamos objeto de curiosidad y estudio, quién sabe si para preparar una invasión que exterminara a la Confederación Terrícola.

—No nos dejaremos capturar, ¿verdad, Pau?

—No; si eso ocurre, si por desgracia tú y yo caemos en la lucha, esta cosmonave se autodestruirá.

—Estoy contigo, Pau. Prefiero morir a set cautiva de esos extraños seres.

—Nuestra misión es defender esta cosmonave, la Confederación confía en sus cosmonautas. Sería terrible que la cosmonave cayera en manos de alienígenas belicosos.

—No nos dejaremos aplastar.

—Averiguaremos dónde está la avería con exactitud y luego reanudaremos la limpieza de la cosmonave. No sé si lo conseguiremos, pero a partir de ahora, tú te quedarás aquí, vigilando, y para evitar que haya ninguna telecomunicación. Yo saldré a buscarlos.

—Pau, te resultará increíble...

— ¿El qué?

—Tengo sed y hambre y aquí no hay comida ni agua.

CAPITULO XIII

Pau Guaita se internó en la cocina que más bien parecía un laboratorio, allí estaban los alimentos envasados.

Sin cesar de vigilar en derredor, buscó una bolsa de papel plastificado que fuera grande para poder meter en ella botellas de agua y paquetes de leche concentrada. Desechó los precocinados y optó por los envasados que no tuvieran que manipularse, sólo abrir los envases y comer.

Las circunstancias que atravesaban no iban a durar mucho tiempo, estaba convencido de ello. Morirían o vencerían a los infiltrados en la cosmonave.

Llenó la bolsa para que no les faltaran alimentos y bebidas y se dispuso a abandonar la cocina-despensa; mas, el detector de presencias extrañas que llevaba incorporado en el casco le advirtió que algo no

iba bien, que tenía cerca una presencia extraña. Miró en torno suyo sin descubrir nada anormal.

Abrió la puerta del frigorífico grande y ocurrió lo inesperado...

Uno de los cadáveres vivientes, uno de los seres que en vida formaran parte de la tripulación, se le echó encima, golpeándole con tal fuerza que le derribó, haciéndole caer. La bolsa de alimentos también cayó al suelo.

El cadáver viviente de Henkel volvió a golpearle, pero Pau Guaita consiguió darle un patadón y enviarlo contra el frigorífico. Cuando aquel ser trataba de recuperarse para volver a atacarle, Pau le disparó.

Henkel se volvió blanco, despidiendo una luz vivísima, y luego se carbonizó. Quedó en el suelo casi convertido en cenizas.

Pau Guaita acababa de tener constancia de que ellos podían estar escondidos en cualquier parte.

Sin dejar de vigilar, permaneció atento a su sensor. Al percatarse de que no le advertía de ninguna otra presencia, recogió lo que había caído por el suelo. Volvió a meterlo en la bolsa y abandonó la estancia.

Avanzó por el corredor bien iluminado. Todo parecía tranquilo y también demasiado silencioso.

Llegó a la sala de control. Aplicó su mano a la placa blanca que había junto a la puerta y ésta se abrió automáticamente. Dentro estaba Gala que tampoco se separaba de su arma y le observó preocupada.

—Aquí traigo algo para alimentarnos. Es bueno que nos conservemos fuertes.

— ¿Pau, has visto algo?

—Sí.

— ¿Qué?

—A Henkel.

— ¿Y quién es Henkel?

—Lo que ahora llamamos un cadáver viviente.

— ¿De veras le has visto?

—Sí, pero ya no le volveré a ver, le he dado lo suyo y ha quedado incinerado. La verdad es que si hubiera lanzado los cadáveres al espacio ahora no tendríamos tantos problemas. Los tiwo utilizan los cadáveres para atacarnos y no sé como lo consiguen.

—He captado un inicio de telecomunicación.

— ¿De verdad?

—Sí.

Gala pasó una grabación mínima para que Pau pudiera oírla. Este concentró toda su atención en los sonidos y acabó confesando:

—No entiendo absolutamente nada.

—Han enviado este mensaje. Lo que ignoran es que sólo han salido al espacio las cuatro o cinco primeras palabras; el resto ha chocado contra la banda de protección exterior.

—Es bueno que no lo sepan, así estarán más confundidos.

— ¿Cuántos infiltrados crees que tenemos dentro de la cosmonave?

—No lo sé, pero lo averiguaremos y los echaremos.

— ¿Y las tres cosmonaves de Tiwo?

—Hay que mantener el suprarradar a punto, hemos de conocer su posición exacta por si inician un ataque.

—Pero si nos atacan, no podremos responder, carecemos de armas.

—Te equivocas.

Gala le miró, asombrada.

— ¿De verdad tenemos armas?

—Tenemos tres misiles que no pude enviar al planeta Humus. Corresponden al lanzamiento nueve.

— ¿Y por qué no los lanzaste?

—Lo impidió una obstrucción hipotérmica en una bomba de compensación situada en los tubos oleoneumáticos.

—Pero, si no puedes dispararlos...

—Es algo que voy a tratar de solucionar muy pronto. Intenté solventar la avería, no salió bien y volveré a probar. Ahora es imprescindible que lo consiga y sin que se enteren ellos que nos creen desarmados.

— ¿Con esos misiles podremos hacerles frente?

—Si no fallamos uno solo de los disparos, sí.

— ¿Tendremos tanta suerte?

—Si no la tenemos, la forzaremos. Ahora, pasaremos esa comunicación tiwo que has grabado al ordenador central para que intente traducirla, y ya que sabes manejar el suprarradar, mete a las cosmonaves tiwo en las pantallas y que el ordenador calcule su posición exacta a las décimas de segundo, hemos de tenerlas localizadas en todo momento.

—Si son tres, nos rodearán.

—Da lo mismo, tenemos los suficientes sensores en el exterior del casco para mantenerlas vigiladas. Ahora, nos alimentaremos un poco para que no nos abandonen las fuerzas en el momento decisivo.

No comieron para complacer a sus sistemas gustativos, comieron y bebieron para alimentar sus cuerpos aun sin estar seguros de que aquellos alimentos les fueran a sentar bien; no obstante, ambos tomaron unas cápsulas enzimáticas para garantizar la digestión pese a los problemas físicos y emocionales que pudieran surgir.

Pau Guaita volvió a tomar su subfusil polivalente. Buscó los labios de Gala y la besó profunda y largamente. Ella le rodeó el cuello con sus brazos, parecía exigirle más amor, más caricias, más entrega, pero él le dijo:

—Venceremos y tendremos tiempo para amarnos, nadie nos lo podrá impedir y lo haremos sin el temor de ser descubiertos, capturados o asesinados. Ahora, debo resolver el problema de la bomba de compensación.

—Vuelve, Pau, vuelve.

—Volveré, pero si no lo consiguiera, tú sigue adelante.

—No. Si no vuelves, si caes, yo misma oprimiré el botón de la autodestrucción de la cosmonave.

La miró intensamente. Sabia que lo que decía Gala era cierto, que no dudaría en destruir la cosmonave, destruyéndose a sí misma, si con ello terminaba con la pesadilla alucinante de la victoria de los tiwo infiltrados, aquellos extraños seres que habían sido capaces de revivir a los muertos para convertirlos en sus mortales enemigos.

No le dijo nada, volvió a besarla y abandonó la sala de control.

Ahuyentando de sí la fatiga, el sueño, pero con más fuerza en sus venas gracias al alimento y la compenetración que tenía con Gala, Pau avanzó por el corredor sin dejar de vigilar por si era sorprendido.

Se metió en el elevador y descendió hasta la bodega donde habían sido instalados los misiles atómicos de los que sólo quedaban tres que debían dispararse de una sola vez, aunque el ordenador ya les podía marcar objetivos distintos.

Pasó por la dependencia de mantenimiento y cogió una caja de herramientas.

Sin descuidar el arma para disparar sobre cualquier cosa en movimiento que se le pusiera delante, llegó a la bodega donde se

hallaban los misiles.

Los observó atentamente; estaban frente a los tubos de disparo. Habían avanzado por los raíles después de ser disparados los anteriores.

Observó los conductos que habían de alimentar los elementos de propulsión de la cosmonave, puesto que los misiles no actuaban con sus propulsores propios hasta que se encontraban fuera de la cosmonave para evitar cualquier posible accidente.

Sin titubear, se acercó a la pequeña bomba de compensación de los conductos oleoneumáticos, una bomba que cabía dentro de su mano, pues los conductos también eran delgados, fabricados en una aleación de cobre.

—Gala. Gala... ¿Me estás viendo?

Observó el objetivo de una telecámara y recibió respuesta por un diminuto altavoz.

—Sí, te veo, estás en pantalla.

—Perfecto. ¿Todo va bien?

—Por ahora no hay novedades. He puesto el mensaje de los tiwo en el ordenador.

— ¿Y?

—No es traducible, por lo menos por el ordenador que tenemos a bordo.

—Comprendo. Voy a ver qué le pasa a esta bomba de compensación.

Tomó un destornillador y abrió una tapita. Al examinar su interior, se palmeó la frente con asombro y alivio al mismo tiempo.

— ¡Ya lo tengo!

— ¿Es grave? - quiso saber Gala desde la sala de control, observándole a través de una de las pantallas.

—En absoluto. Es un cable desprendido, sólo hay que conectarlo. Ya está...

Cerraba la tapa cuando el sensor que llevaba incorporado en el casco protector le advirtió que no estaba solo.

Miró hacia la puerta y allí vio a Miren, delante de los cadáveres vivientes de Rayman y de los otros dos hombres que habían sido miembros de la tripulación de la Serp-82.

—Pau, no seas estúpido y entrégate, tenemos la cosmonave

dominada. Si no ofreces resistencia, no os ocurrirá nada.

Miren hablaba despacio, con voz enronquecida, una voz que había comenzado a serle familiar.

—Tú no eres Miren.

— ¿Quién crees que soy?

—Un tiwo.

Ella se rió despacio, era una carcajada lenta en la que iba implicada una postura de suficiencia y superioridad.

— ¿Cómo lo has adivinado?

—Bajasteis al planeta Humus-14 tú y la doctora Salomé y allá encontrasteis las cápsulas con esos horribles monstruos de seis patas.

—Así es. Ellos habitaban en el planeta hace millones de años. Humus-14 no ha estado siempre muerto, tuvo vida, pero luego se congeló. Ahora, al activarlo, al aumentar la temperatura y provocar los rayos que están cambiando la composición de la atmósfera rápidamente, estas cápsulas han recobrado la vida.

—Pero abajo también estaban los tiwo cuyas naves se hallaban al otro lado del planeta para que nuestro suprarradar no las detectara.

—Exacto.

—Fuisteis atacadas y los tiwo se apoderaron de vuestros cuerpos.

—Sigues acertando, Pau.

—Lo que no sé es como podéis hacer que los muertos vuelvan a vivir.

—Es uno más de nuestros poderes que nos hacen superiores a vosotros.

—No sois tan superiores como creéis replicó Pau Guaita que no estaba dispuesto a dejarse dominar.

—Si somos superiores. Sabemos que sólo sois dos terrícolas en esta cosmonave, que no queda nadie más y que estáis incapacitados para combatir, por eso es mejor que os entreguéis.

—Eso no sucederá jamás. Antes de que nos entreguemos, esta cosmonave se autodestruirá, nadie podrá impedirlo y no capturaréis nada, ni vivo ni muerto Todos nos convertiremos en plasma espacial, incluso vosotros y los cadáveres vivientes.

El poder de la mirada de Miren aumentó y de tal forma que semejó que sus ojos fueran luces de extraordinaria potencia.

Pau Guaita sintió como un mazazo en la frente, su mirada se

enturbió y fue como si le hubieran comprimido el cerebro, provocándole un dolor inaguantable que le hizo gritar de forma incontenible.

— ¡Pau, Pau! —llamó la voz de Gala a través del micrófono al verle tambalear y gritar dolorosamente.

Había que hacer un esfuerzo sobrehumano para salir de aquella situación.

El tiwo que se hallaba dentro del cuerpo de Miren aumentó su potencia psicoelectromagnética para dominar e invadir la mente del cosmonauta terrícola, pero éste sacudió la cabeza con fuerza para que el casco volara lejos.

Entre neblinas, con visión distorsionada en medio de impactos centelleantes de color que le cegaban, vio la figura de Miren y no dudó en disparar contra ella.

Miren se inflamó y a medida que lo hada, su cuerpo se transformaba, apareciendo la silueta del tiwo que se carbonizaba también, reduciéndose a cenizas.

Cuando la figura invadida por los tiwo desapareció, los cadáveres vivientes se desplomaron.

Ya ninguna fuerza psicoelectromagnética los sostenía y obligaba a actuar, volvían a ser cadáveres.

—Pau, ¿te encuentras bien? —preguntó Gala. Desde la sala de control, lo había presenciado todo sin poder intervenir.

El dolor cerebral lo abandonó poco a poco y fue recuperando la visión.

Miró los cadáveres que estaban en el suelo y pese a que volvían a ser muertos, disparó sobre ellos para reducirlos a cenizas.

Abandonó la estancia, regresando a la sala de control donde le aguardaba Gala muy nerviosa. Nada más verle, le abrazó.

— ¡Qué miedo he pasado!

—Tranquila, ya hemos terminado con ellos.

— ¿No hay más?

—No, seguro que no. ¿Y las cosmonaves de Tiwo?

—Están en pantalla.

—Bien, pues ahora les toca a ellos. Ocupa tu puesto. Gala, es el momento de actuar. El factor sorpresa se pone de nuestro lado. No podemos mover la cosmonave de su órbita porque los motores no

responden hasta que solventemos el problema de los relés multiplicadores de energía, pero sí podemos actuar con los misiles que nos quedan.

Exigió el cálculo de las coordenadas, movimientos y velocidad de las cosmonaves enemigas al computador central para que los misiles quedaran autoprogramados. Después, pidió a Gala:

—Telecomunicación con los tiwo.

—Ahora mismo —respondió ella, confiando plenamente en el joven cosmonauta.

En pantalla apareció la imagen del jefe de la patrulla espacial de los tiwo.

—Hola, terrícola, ¿has decidido entregarte?

—La verdad es que te he llamado para decirte adiós. Ya no tienes a ningún infiltrado dentro de mi cosmonave. Repito, ¡chiao!

— ¿Chiao? —preguntó el tiwo. ¿Qué significa esa palabra?

Pau Guaita hundió en número nueve del pequeño teclado de guarismos que había estado protegido por una tapa.

—Chiao es esto dijo, tras efectuar el disparo.

Los tres misiles saltaron al espacio por los tubos de lanzamiento. Sus motores entraron en ignición y cada uno de ellos fue en busca de una cosmonave enemiga.

El espacio se llenó de luz.

Tres grandes masas blancas se convirtieron en sendas nubes ígneas que se dispersaron mientras la cosmonave Serp-82 seguía con su órbita.

Los tiwo desaparecieron para siempre, de ellos no quedó absolutamente nada.

— ¡Lo conseguiste, lo conseguiste! —gritó Gala saltando de su butaca y corriendo a abrazarle.

Pau la estrechó entre sus brazos y la besó.

—Sí, lo conseguimos. Ahora, sólo hay que poner de nuevo en marcha los relés para que los motores funcionen y regresaremos a casa. Tenemos un viaje muy largo y estamos solos... ¿Qué crees que ocurrirá?

—Que tendremos todo el tiempo para amarnos, todo el tiempo, sin que nadie nos moleste.

Dos horas más tarde, los motores entraban en funcionamiento.

La Serp-82 abandonó la órbita del planeta Humus-14 rumbo a la Tierra, llenándose de música que tuvo un fondo de susurros, de gemidos de placer.

El tiempo parecía haber dejado de contar para la pareja terrícola.

F I N